
Temas arqueológicos en debate en Argentina, 1878-1923. Dialéctica de las propuestas y objeciones acerca del pasado indígena del Noroeste

Archaeological issues under debate in Argentina, 1878-1923. Dialectic of proposals and objections about the indigenous past of the Northwest

Javier Nastri



Electronic version

URL: <https://journals.openedition.org/corpusarchivos/5773>

DOI: 10.4000/corpusarchivos.5773

ISSN: 1853-8037

Publisher

Diego Escolar

Electronic reference

Javier Nastri, «Temas arqueológicos en debate en Argentina, 1878-1923. Dialéctica de las propuestas y objeciones acerca del pasado indígena del Noroeste», *Corpus* [En línea], Vol. 12 N° 2 | 2022,

Publicado el 13 diciembre 2022, consultado el 04 enero 2023. URL: <http://journals.openedition.org/corpusarchivos/5773> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/corpusarchivos.5773>

This text was automatically generated on 4 January 2023.



Creative Commons - Atribución-NoComercial 4.0 Internacional - CC BY-NC 4.0

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>

Temas arqueológicos en debate en Argentina, 1878-1923. Dialéctica de las propuestas y objeciones acerca del pasado indígena del Noroeste

Archaeological issues under debate in Argentina, 1878-1923. Dialectic of proposals and objections about the indigenous past of the Northwest

Javier Natri

EDITOR'S NOTE

Fecha de recepción del original: 21/03/2022

Fecha de aceptación para publicación: 16/05/2022

La vinculación de la arqueología con determinadas ideologías de época ha sido destacada como indicativa de la función de la disciplina en el marco de los órdenes sociales contemporáneos. Tal es el caso, por ejemplo, del romanticismo y el nacionalismo en Europa durante el siglo XIX, donde tuvo lugar el desarrollo inicial de la forma moderna de aproximarse al pasado a partir de fuentes materiales en el contexto de la re-definición de los estados naciones (Trigger, 1992). Más recientemente se ha detectado también la importancia del iluminismo, al examinar en detalle las diferentes tradiciones nacionales (Díaz Andreu, 2007). En relación con la historia de la disciplina en Argentina, la noción de una función de la arqueología como legitimadora del orden social, inaugurada por Podgorny (1995), fue luego abandonada por la propia autora, pasando a poner el foco en los vínculos personales entre los miembros de la élite gobernante y una variedad de elementos contingentes (*e.g.* Podgorny, 2009, 2021). Otros autores, por su parte, han continuado explorando los aspectos ideológicos vinculados al contexto político en el cual tuvo lugar la producción disciplinar (*e.g.* Jeria, 2016; Mazanti, 2010; Politis y Curtoni, 2011; etc.). Para Bourdieu, el problema del examen

ideológico de la producción intelectual no reside en una supuesta invalidez del tema, sino en el hecho de que la relación entre ideologías de clase y producción intelectual se encuentra mediada por la lógica de los campos sociales (Bourdieu, 1994). En este sentido, en el presente artículo buscaré examinar aquellos resultados más destacados generados durante las primeras décadas de desarrollo de la arqueología del Noroeste argentino, en términos de sus fundamentos empíricos, conceptuales y metodológicos. Si bien el estudio se centrará en las distintas configuraciones de sentido que mantuvieron cierta vigencia en el tiempo, tomaré en cuenta también aquellos elementos propios de la dinámica del campo científico a partir de las informaciones contenidas en los mismos textos escritos por los investigadores. Para esto último elegí seleccionar los artículos involucrados en polémicas y debates publicados durante el lapso temporal estudiado, en la creencia de que es en ellos donde se expresa con mayor fuerza la “competencia simbólica constante” (Bourdieu, 2008, p. 27), por lo general oculta o disimulada en las publicaciones dirigidas a la sola exposición de las problemáticas, sin referencia especial a los colegas-competidores. Este factor, que claramente poco tiene que ver con la historia indígena antigua que se buscaba construir, sin embargo, puede haber sido determinante en la conformación del producto científico resultante, del mismo modo que las modas teóricas o las condiciones históricas más generales de producción del conocimiento, mejor conocidas y, por consiguiente, más fáciles de identificar. Porque resulta claro que los participantes del campo científico, como integrantes del más amplio campo de la producción cultural, persiguen el acrecentamiento de su capital de reconocimiento y prestigio (Bourdieu, 1994); y esto naturalmente tiene incidencia en los resultados de las investigaciones y la posterior suerte de los mismos en la constitución del conocimiento arqueológico del NOA.

En suma, el objetivo consiste en determinar cuáles fueron los productos principales de la labor disciplinar que se desplegaron a lo largo del lapso de estudio, según las preocupaciones expresadas o manifiestas por los autores, a fin de, a partir del análisis de su conformación y el derrotero seguido con posterioridad, extraer aspectos útiles que ilustren acerca de las particularidades de la construcción arqueológica del pasado (Nastri, 2020a). Gracias a la ventaja que nos da el tiempo transcurrido –con el consiguiente incremento en el conocimiento de las temáticas en cuestión– resulta posible evaluar de qué manera se articularon los distintos factores intervinientes en la conformación del conocimiento.

Polémicas decimonónicas

El antecedente de investigación que podemos denominar “arqueológica” más antiguo conocido que se desarrolló en el medio intelectual argentino corresponde al estudio de las ruinas de Tiahuanaco que realizara Mitre hacia 1948 cuando pasó por el sitio, siendo prisionero del gobierno boliviano (Nastri, 2020a). Su libro sobre la breve experiencia en el terreno no obstante recién sería publicado en 1879, más de una década después del trabajo de Vicente Fidel López que lleva por título de *Les races ariennes du Pérou* (López, 1868). Este último, a diferencia del texto de Mitre, consistía principalmente en el análisis de un conjunto de fuentes escritas andinas, antes que en la descripción e interpretación de restos materiales como la realizada por el militar bonaerense.¹ Destacado jurista, López fue director de la *Revista del Río de La Plata*, junto a Juan María

Gutiérrez y Andrés Lamas. En la década de 1870, ocuparía el cargo de rector de la Universidad de Buenos Aires y, posteriormente, asumiría una banca de diputado nacional. Tras el cumplimiento de su mandato, entablaría la primera polémica de la historia de la arqueología argentina, teniendo como contendiente al americanista suizo Jacob von Tschudi. En realidad, se trata de una correspondencia privada hecha pública por el argentino a través de la edición de un folleto.

Von Tschudi le había escrito a López en principio como respuesta a la “crítica muy severa” del argentino a su *Antigüedades Peruanas* (Rivero y von Tschudi, 1859). En la misma le aclaraba que su co-autoría había sido prácticamente contra su voluntad, luego de “haber luchado muchísimo” para “suprimir del manuscrito una cantidad de aseveraciones e hipótesis, desprovistas de toda base científica” (López y von Tschudi, 2016, p. 54). A continuación, pasaba a la ofensiva criticando la afirmación de López acerca de que los conocimientos médicos de los quichuas habían sido superiores a los de los europeos contemporáneos. Para Tschudi no existía suficiente conocimiento acerca de la medicina quichua como para aseverar que constituía una “escuela” equiparable a la de Hipócrates. También se quejaba de la desconsideración de López por todos los conocimientos médicos posteriores desarrollados en el Viejo Mundo, destacando sobre todo los de la “célebre escuela de Alejandría”, difundida por los árabes “en España y gran parte de Europa” (López y von Tschudi, 2016, p. 54).

Es interesante la manera en la cual el contraste o la competencia entre continentes se manifestaba simultáneamente en el pasado y en el presente: “cada autor tiene el derecho de exigir que aquel que lo cita o lo critica, lo cite concienzudamente, y este derecho vale tanto en Montevideo como en Europa” (López y von Tschudi, 2016, p. 55). Pero López no desarrolló argumentos para tratar la cuestión central de la medicina, sino que se concentró en la crítica al paso que le destinó Tschudi hacia el final de su misiva:

Mis estudios de la lengua quichua me han llevado a conclusiones muy diferentes de las suyas; que, en cuanto al sánscrito, hasta el día de hoy todavía no han encontrado la aprobación de célebres sanscritistas alemanes e ingleses, y sin embargo puedo asegurarle que su libro fue bien examinado por los filólogos. (López y von Tschudi, 2016, p. 55)

Pues López adhería a la idea de que todo lo que fuera civilización derivaba de tradiciones arias, más allá de que se implantara en poblaciones de diversos orígenes étnicos (esto es, “raciales”). Y el suizo no dejaba pasar la oportunidad de señalarle que su posición no tenía el visto bueno de los filólogos. Tschudi adoptaba así una actitud de cautela en torno al planteo de afirmaciones cuando faltaban trabajos dedicados o directamente informaciones; al mismo tiempo que recurría al peso de la autoridad científica representada por un conjunto de colegas reconocidos de Europa. López, en cambio, manifestaba una postura muy diferente:

En cuanto a mi libro, permítame, señor, decir lo siguiente: no es una posición social como sabio ni siquiera una satisfacción de amor propio lo que he buscado al escribirlo. Habiendo estudiado con amor las antigüedades y la historia moderna de América del Sur, molesto incluso del desprecio, de la ignorancia y malevolencia con la cual parece estar de moda en Europa tratarnos, presentándonos como semibárbaros (...)

Usted me amenaza por anticipado con un veredicto desfavorable que no me espanta. Contaba con ello. Mi libro será quizá olvidado o considerado muy poco concluyente o muy incompleto. Habrá hecho escándalo quizá, ya que es completamente diferente de los que se han publicado antes que él. Usted debe

comprender que esto no puede afectarme, ya que lo sabía por adelantado. Pero yo no soy ni el cliente ni el candidato de ningún cuerpo académico u oficial. Soy un intruso, *un tal López*, como lo decía hace poco una de vuestras hojas periódicas, con una delicadeza llena de ingenio, que me ha hecho sonreír también en mi rincón. (López y von Tschudi, 2016, pp. 56-57)

López bramaba de orgullo americano contra lo que denunciaba como desprecio por parte de sus pares europeos, en el marco de aquello que Kaulicke ha calificado como “una actitud más política que científica” (2002-2003, p. 82). Y, en lo que respecta al objeto de su disputa en relación con el pasado, al mismo tiempo que el argentino postulaba la superioridad de la medicina quechua por sobre la europea de su tiempo, atribuía a conexiones con el viejo mundo el origen de la civilización americana, cosa que los sabios europeos de la época negaban, adoptando de este modo una posición autoctonista. El nacionalismo contemporáneo estaba en el primer plano, pero al mismo tiempo, en relación con el pasado, combinado con valoraciones evolucionistas que podían recibir su justificación en un supuesto origen en un ámbito geográfico distante.

López se jactaba de ser un *outsider*, libre de expresar sus posiciones sin temor a perder posición alguna. Por la ausencia de una respuesta del suizo, es de suponer que publicó la correspondencia privada sin el permiso del suizo, cerrando su segunda misiva con una alusión a “la posición elevada” de éste -no exenta de cierta duda en cuanto a la justicia de la misma-, contraponiéndola con lo que de su parte era lo que más importaba: el valor de la obra publicada. En este sentido, es claro el contraste entre los sentimientos de uno y otro autor en relación con las obras que llevan sus nombres: el suizo, casi avergonzado por haber sido incluido en una obra que no por momentos se desviaba de las bases científicas; López, en cambio, más que orgulloso de su filología no aceptada por los especialistas, al tiempo que prometía una segunda parte, *mejor*, que nunca vería la luz. Así fue que mientras el primero continuaría con una vasta producción en el campo de la historia indígena, López no volvería a incursionar en esta temática. Pero este último, junto a otros destacados intelectuales como Lamas y Mitre, fue un impulsor del desarrollo de la antropología en Argentina a partir no sólo de su obra, sino sobre todo por poner las por entonces escasas fuentes bibliográficas a disposición de otros interesados en el tema. Entre estos se contaba el empresario minero Samuel Lafone Quevedo.

Nacido en Uruguay y educado en Cambridge, Lafone inició su producción escrita con cartas al diario *La Nación*, impulsado por la necesidad de aclarar puntos oscuros que advertía en la *Historia del Tucumán* de Paul Groussac (Lafone Quevedo, 1888, p.VII). Los trabajos de Lafone fueron un gran estímulo para la conformación de un ámbito nuevo, denominado “estudios calchaquíes”, durante la década de 1890, siendo co-protagonistas Adán Quiroga y Juan Bautista Ambrosetti (Nastri, 2020a; Giudicelli, 2011). La relación entre estos investigadores locales con un potencial de competencia mucho más directo que el que existiera por ejemplo entre von Tschudi y López, sin embargo, se desarrolló dentro de la mayor cordialidad. La correspondencia entre Lafone Quevedo y Quiroga, por ejemplo, está colmada de afecto; y ambos autores, sumados a Ambrosetti y Debenedetti, se dedicaban mutuamente sus obras. En el caso de redacción de reseñas de trabajos de sus colegas, las mismas no contenían casi desacuerdos, y mucho menos disputas (*e.g.* Quiroga, 1912). Y si bien no eran ajenos a practicar críticas ideológicas, éstas o bien se expresaban contra contendientes ya desaparecidos -el caso de Quiroga (1897) contra Sarmiento- o no personalizaban en actores de la época, dirigiéndose a políticas de carácter general; como ser el caso de los cuestionamientos de Lafone y

Lehman Nitsche a la política de exterminio del indígena (Dávila da Rosa, 2011; Nastri, 2020a). Esta cautela no parece ser casual en el caso de Quiroga, quien poco antes de morir había sido nombrado en un cargo gubernamental de la administración Quintana; y quizás tampoco lo fuera en el caso de Lafone y Ambrosetti, quienes adquirieron status como profesores en la Universidad de Buenos Aires y como directores de sendos museos: el de La Plata y el Etnográfico de la UBA, respectivamente. Se trata en todos los casos de integrantes de la elite que dirigía los destinos del país (Perazzi, 2011; Figura 1).² Cabe sumar al grupo mencionado también a Félix Outes, quien aún siendo bastante más joven que los anteriores, fuera director de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, y también adscripto de la sección arqueología del Museo Nacional de Buenos Aires, bajo la dirección de Ameghino. Fue precisamente en las páginas de la mencionada revista, donde publicaría una extensa nota crítica a dos estudios de Eric Boman sobre la arqueología del Noroeste argentino.



Figura 1. Detalle de caricatura publicada en la revista satírica *Don Quijote* el 16 de octubre de 1887, que incluye a un joven Ambrosetti –con la cabeza descubierta, al lado de Don Quijote–, y también al gobernador de la provincia de Entre Ríos, Clemente Basavilvaso. En dicha provincia tenía lugar una Exposición Nacional en la cual Ambrosetti oficiaba de Intendente (Cáceres Freyre 1967). Acervo digital del Proyecto Patrimonio Histórico del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (IHAYA), Universidad de Buenos Aires-CONICET.

Debatir en un campo ya conformado

En principio podría resultar extraño el involucramiento de Outes en un área de estudio diferente a aquella en la que se había desenvuelto con suceso hasta el momento: las tierras bajas de pampa y Patagonia (Outes, 1897, 1905, etc). Los trabajos de Boman que fueron objeto de su crítica habían sido publicados ese mismo año y trataban sobre sitios arqueológicos de: el valle de Lerma, en la provincia de Salta (Boman, 1904); y de las

zonas de San Pedro y de Arroyo del Medio (Boman, 1905), en la provincia de Jujuy (Figura 2).

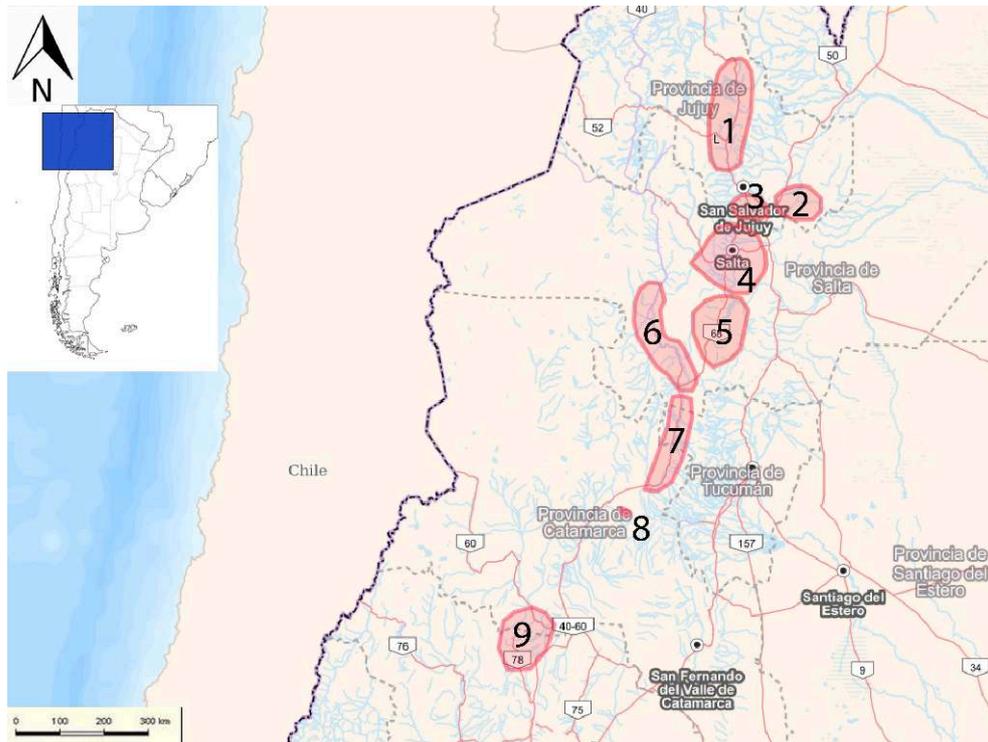


Figura 2. Ubicación de las áreas arqueológicas mencionadas en el texto: 1) Quebrada de Humahuaca; 2) Valle del río San Francisco; 3) San Pedro-El Carmen; 4) Valle de Lerma; 5) Guachipas-Pampa Grande; 6) Valle Calchaquí; 7) Valle de Santa María; 8) Sierra del Atajo; 9) Valle de Famatina.

Outes comenzaba disculpándose por la demora en publicar lo que originalmente iban a ser reseñas y finalmente derivaron en nota crítica, aunque el año de publicación es el mismo que el de los artículos de Boman criticados. Pareciera ser una simple excusa para hacer publicidad de su obra reciente acerca de la *Edad de piedra en la Patagonia* (Outes, 1905a), la razón aludida de su retraso (Outes, 1905b, p. 146). Regado de refranes célebres en francés y en latín, Outes dejaba en claro desde el principio su concepción de la arqueología como “ciencia experimental”, y su firme creencia en que:

Mis observaciones demuestran una vez más cuan aventurado es generalizar en ciertos asuntos de paleoetnología americana. Hoy por hoy conduce a errar de inmediato, hablar de los desplazamientos étnicos habidos en Sud América. Los éxodos de pueblos adquirieron en las épocas prehistóricas de este continente, una gran intensidad y abarcaron vastas extensiones; es necesario, pues, para tratar de ellos poseer numerosos elementos positivos de criterio; indicios de todo género, antropológicos, etnográficos, arqueológicos, lingüísticos; disponer de gran número de jalones perfectamente identificados y una vez obtenida, mediante crítica severa, la armonía que debe regir entre ellos, establecer la ruta seguida por los primitivos peregrinos a través de las selvas, de los montes y de las dilatadas llanuras. (Outes, 1905b, p. 146).

Para Outes, entonces, todo intento de avanzar en la temática de las migraciones, estaba condenado en ese momento de antemano al fracaso, pues todavía faltaban gran cantidad de datos. Si bien podemos identificar en esto una similitud con la postura de von Tschudi, en Outes el énfasis está colocado en la imposibilidad antes que en la espera. Las condiciones necesarias para realizar una afirmación se multiplicaban y

parecían adquirir autonomía, con lo cual se desplazaba la consecución del objetivo a un momento indefinido en el futuro.

Primero Outes se ocupó del tema de los hallazgos de túmulos en el llamado Campo del Pucará, en la provincia de Salta, que fueran objeto del primer trabajo arqueológico en el Noroeste, hacia 1876, y que Boman explorara recientemente en el marco de la expedición francesa dirigida por Créqui Montfort y Sénéchal de la Grange (Cornell y Arenas, 2016). Boman había interpretado un conjunto de más de 1500 pequeños túmulos –de no más de 50 cm de altura y hasta 3 m de diámetro (Figura 3)–, distribuidos en 3 grupos (Figura 4), como asientos de una suerte de gran asamblea comunal (Boman, 1904). Outes rechazó esta hipótesis en base a la lógica: la distancia entre las supuestas “butacas” más alejadas era demasiado grande como para que pudieran escucharse los oradores sentados en ella (Outes, 1905b, p. 148). Hacía gala de un conocimiento actualizado de hallazgos similares a lo largo del continente –e incluso de Europa–, pero no ofrecía ninguna interpretación alternativa. Y antes de su consideración ya había adelantado, algo descortésmente, que no daba: “...desde luego, mayor importancia a su primera monografía, pues se trata, en ese caso, de interpretaciones

que varían, como es lógico, según la influencia representada por la ecuación personal de cada autor” (Outes, 1905b, p. 145).

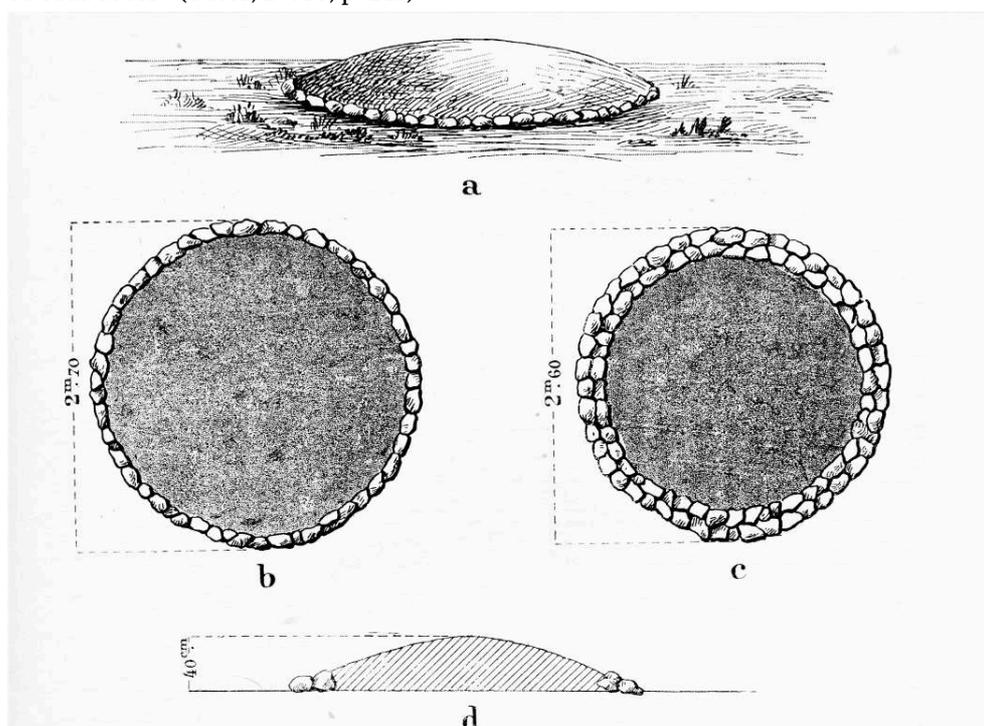


Figura 3. Esquema de la forma y dimensiones de un montículo del sitio Pucará de Lerma (provincia de Salta), según Boman (1908, p. 288).

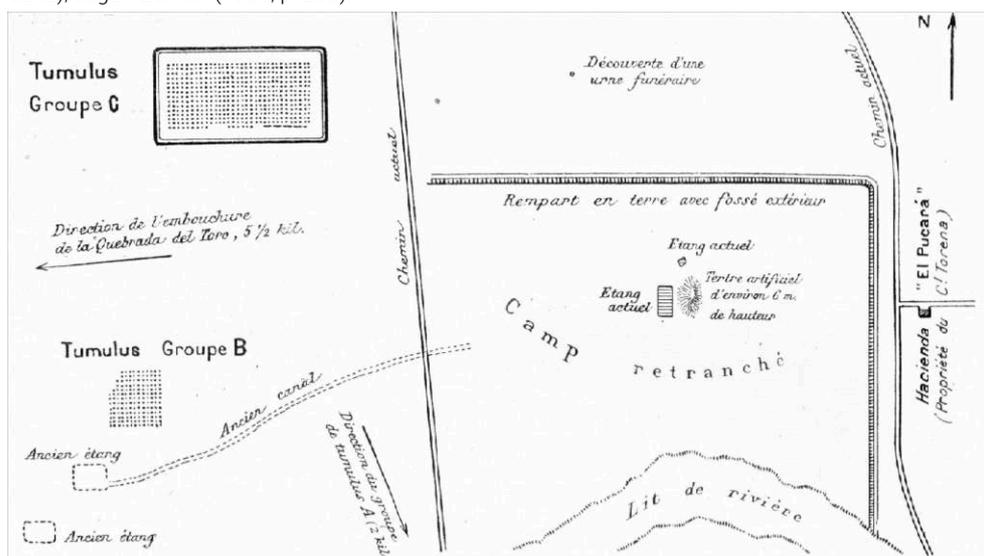


Figura 4. Plano parcial del sitio Pucará de Lerma (provincia de Salta), según Boman (1908, p. 288).

El segundo trabajo examinado consistía en la descripción del hallazgo de urnas funerarias cerámicas en diferentes localidades: El Carmen y San Pedro en el valle de Lerma, (provincia de Salta) y Arroyo del Medio, en el valle del río San Francisco (provincia de Jujuy). Muchas de esas urnas (Figura 5) contenían restos humanos de adultos y de niños, junto con diferentes objetos. A los hallazgos de las primeras dos localidades mencionadas las consideraba Boman representativas de antiguas ocupaciones guaraníes; mientras que a la última la interpretaba como correspondiente a la civilización *calchaquí*, también por fuera de su área de dispersión conocida hasta ese

momento. Por este motivo es que hablaba de “antiguas migraciones” (Boman 1905). Outes opinaba que las bases sobre las cuales se asentaba la identificación de la cultura material guaraní eran, en realidad, simples *postulados* del autor. Demostraba luego a partir de un profundo análisis de los antecedentes bibliográficos, que los guaraníes practicaban una variedad de formas de enterramiento –raramente el entierro secundario en urnas– y que en otros grupos se había documentado ampliamente la práctica de colocación de huesos en recipientes cerámicos luego de que hubieran perdido las partes blandas en una primera etapa de inhumación en tierra (Outes, 1905, p. 152). Concluía entonces con las siguientes lecciones de método que, de modo preclaro, impugnaban anticipadamente al hiperdifusionismo que se popularizaría recién décadas más tarde:

Para identificar aquellos enterratorios, para relacionarlos unos con otros, no es suficiente la simple similitud morfológica de los recipientes retirados, sino se hace necesaria una prolija serie de verificaciones de todo género, desde el estudio que trae aparejado el hallazgo en sí mismo, hasta las investigaciones histórico-documentales que pueden complementarlo. Acaso se pretendería establecer una relación entre el hallazgo realizado en el Alto Paraná por el profesor Ambrosetti, de una urna tapada con una escudilla y esta a su vez recubierta por otros platos más pequeños, y los descubrimientos sencillamente idénticos, hechos por el profesor Moore en los Estados Unidos, en el cementerio de Durand's Bend? Indudablemente no, pues el menos avisado comprenderá que se trata de similitudes del todo ocasionales. (Outes, 1905b, p. 145)

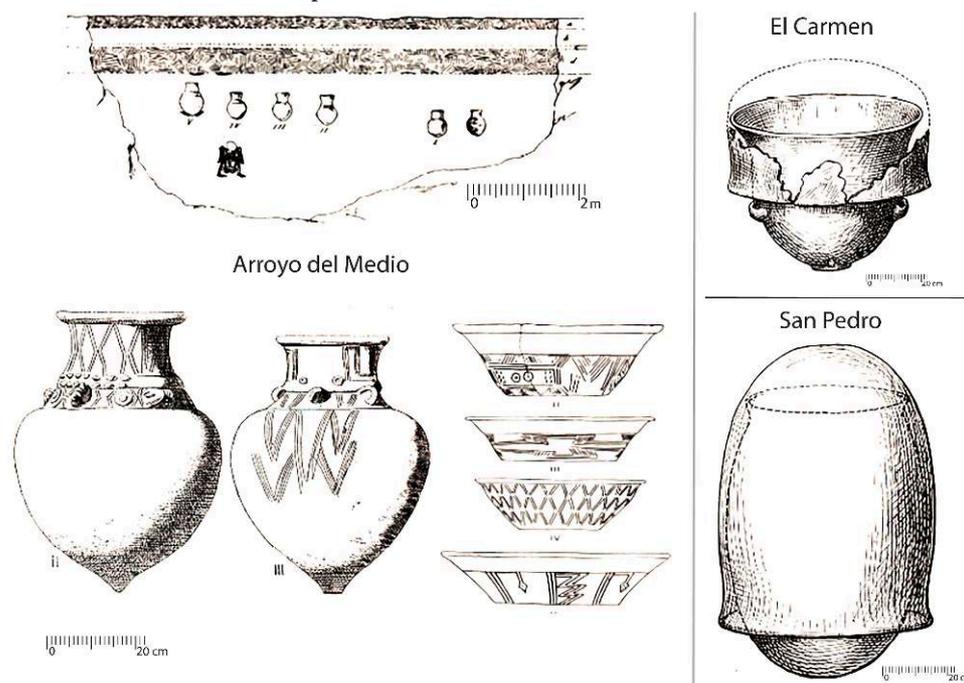


Figura 5. Urnas funerarias y pucos tapa del sitio Arroyo del Medio (valle del río San Francisco, provincia de Jujuy), con el detalle del perfil de la excavación (modificado de Boman 1908, pp. 839, 841, 843; pucos sin indicación de escala en el original). Para el autor estos materiales constituían un antiguo nivel de ocupación de filiación “calchaqui”, fuera de su área típica. Completaba la secuencia cronológica regional con materiales de áreas próximas que consideraba más recientes: las urnas de El Carmen y San Pedro, en el valle de Lerma, provincia de Salta, a los que postulaba como productos de grupos guaraníes (modificado de Boman, 1908, pp. 257-260).

Esta fundamentada crítica –que no dejaba pasar el hecho de que Boman había interpretado el hallazgo de Arroyo del Medio de modo muy diferente en su primer artículo sobre el tema (Outes, 1905b, p. 164)– debió calar hondo en el sueco, dado que se

trataba recién de su segunda contribución en el ámbito de la especialidad. El joven Outes –que lo aventajaba en el medio en algunos años– se encargaba así de darle al recién llegado un auténtico “bautismo de fuego”. Completaba su lección haciendo referencia a los trabajos de otro investigador que sí constituían para él un buen ejemplo de interpretación de diferencias en la cultura material exhumada en el campo –Ambrosetti en Pampa Grande–; y al mismo tiempo que apoyaba –sin indicación de que el autor fuera el precursor en esto– una noción de Boman que sería clave en la actuación futura de éste, al referirse al pasar a “las agrupaciones Diaguitas, vulgarmente llamadas Calchaquíes, que encontraron los conquistadores” (Outes, 1905, p. 152). Pero antes de desarrollar plenamente las implicancias de esta duplicación terminológica advertida por Outes en la arqueología del NOA, nos adelantaremos unos años para considerar los descargos de Boman, que serían incluidos como notas al pie en su monumental *Antiquités de la région Andine de la République Argentine et du désert d’Atacama*, publicada en Francia tres años más tarde (Boman, 1908).

Respecto de la crítica a su interpretación funcional de los túmulos del valle de Lerma, respondió Boman que “naturalmente, no hay razón para suponer que en estas asambleas se pronunciaron discursos, que debieron ser rituales, si es que existieron” (Boman, 1908, p. 292); al tiempo que ampliaba notablemente la documentación respecto de este curiosísimo sitio.³

Aunque también restringida a una nota al pie, dado que el autor no le agradaba “demorar al lector aquí en una polémica” (Boman, 1908, p. 276), la respuesta del sueco a la crítica de Outes respecto de la interpretación de los hallazgos de urnas en diferentes sitios de Salta y Jujuy fue más extensa; y también en este caso ampliando notablemente en el cuerpo del texto la presentación de la información arqueológica recuperada originalmente. Los casos de grupos Tupi que no entierran en urnas eran para Boman simples excepciones que no alteraban la regla, o bien, como ocurría con los mundurucús contemporáneos, producto del abandono de las costumbres ancestrales. Luego se centró en el caso traído a colación por Outes como ejemplo de buena exploración –Pampa Grande–, cuyos materiales inéditos había estudiado “ligeramente” el autor de la reseña crítica, arribando a la conclusión de que todo el material del yacimiento correspondía a una misma cultura, no habiendo superposiciones de épocas. Esto es: tanto las grandes urnas para adultos, como las más pequeñas, para párvulos –de estilo santamariano–, correspondían al mismo contexto. Pero para 1908 el libro de Ambrosetti ya había sido publicado, y para entonces el autor –a partir de la consideración principalmente del dato estilístico (Nastri, 2010a), había cambiado su idea inicial para sostener en cambio la de dos culturas superpuestas, la más antigua de las cuales tenía similares características “toscas” a las que Boman había identificado en El Carmen como de procedencia guaraní.⁴ Y finalmente devolvía gentilezas el sueco apelando a la autoridad de Nordenskiöld, quien respaldaba la propuesta de su connacional (Boman, 1908, p. 277).

Regresemos ahora un año atrás de la fecha de publicación de las *Antiquités*, para considerar el debate que activó Boman antes de su respuesta a Outes, en relación al uso de los términos “diaguita” y “calchaquí”. Ya sobre el final de su también monumental obra en dos volúmenes acerca del sitio de La Paya, en el valle Calchaquí, Ambrosetti se excusaba por tener que interrumpir sus conclusiones para apurarse a dar a la imprenta su trabajo y, de esta manera, responder “con hechos” a las críticas de Boman (Ambrosetti, 1907, p. 379). El sueco había presentado una ponencia en el congreso de

Americanistas de Quebec de 1906 acerca de “la cuestión calchaquí” en la cual ponía en duda la existencia de dicha civilización y, por consiguiente, también combatía el derecho de los investigadores dedicados al estudio de la misma a considerar a la arqueología calchaquí como “independiente y distinta” (Lejeal y Boman, 1907). Es realmente poco frecuente el caso de estudiosos que postulen el rechazo a una especialización en el estudio de una porción de la realidad, una costumbre habitual en la práctica científica a los fines de obtener un conocimiento más profundo del fenómeno en cuestión. Es cierto que las evidencias de la presencia incaica en el NOA demandaban la consideración de la temática de las “relaciones entre el Perú y la Argentina”, pero en modo alguno eso podría negar el derecho al desarrollo de un área de interés específica como la desplegada por autores como Quiroga, Lafone y Ambrosetti. Todo lo contrario: dado que la problemática tenía una gran complejidad, más necesidad había de investigadores que se especializaran en la cuestión.

Cuestionamientos como el de Lejeal y Boman ya se habían puesto de manifiesto años atrás, por ejemplo, por parte de figuras como la del americanista norteamericano Daniel Brinton. Este descomponía el “problema arqueológico calchaquí” en dos cuestiones: 1) ¿La cultura calchaquí era de origen inca o aymara? O, por el contrario, ¿constituía la fuente de éstas?; 2) ¿Eran las poblaciones que encontraron los españoles las autoras de las ruinas de piedra y demás vestigios que “pueden rivalizar con los del Perú, y que corresponden a todas luces a la edad del bronce”? (Brinton, 1901, p. 504). La última cuestión ya había sido resuelta por ten Kate dos años antes (ten Kate, 1896) y, en general, los cultores de la arqueología valliserrana para entonces no dudaban en atribuir a los calchaquíes las ruinas de piedra y finos enseres cerámicos, más allá de que las crónicas de la conquista no hicieran referencia a tales bienes y, por el contrario, insistieran en sugerir una condición miserable para las poblaciones nativas.

Lejeal y Boman habían organizado su crítica reseñando en primer lugar el uso que se hace en las fuentes históricas de la conquista de los términos “calchaquí” y “diaguita”, señalando que el primero aludía a una parcialidad integrante del grupo conocido con el segundo nombre (Lejeal y Boman, 1907, p. 181). A continuación, pasaban revista a una serie de materiales arqueológicos de la región. Respecto de las ruinas, decían que no presentan monumentos, como ocurre en Perú, sino que los restos de aldeas fortificadas “se corresponden perfectamente con la arquitectura más vulgar y extendida en el antiguo Perú-Bolivia” (Lejeal y Boman, 1907, p.181). En relación con la cerámica, encontraban una “identidad absoluta” en cuanto a las formas y las técnicas entre la cerámica diaguita y la del antiguo Perú. Respecto de la escultura en piedra, es su estilo el que calificaban de “peruano”. Y lo mismo señalaban a propósito de la metalurgia, a la cual consideraban mucho menos popular que lo que había sido en el territorio andino central (Lejeal y Boman, 1907, p. 182). En el ámbito de las prácticas funerarias, los autores reconocían que el entierro de infantes en urnas en cementerios específicos fue una costumbre propia y original del ámbito propiamente calchaquí. Pero para ellos esto no comprometía la tesis de las influencias peruanas, dado que existían muchos otros casos de poblaciones bajo dicha influencia que conservaban otras costumbres anteriores. Y finalmente, veían a los petroglifos tan heterogéneos como los del Perú, al mismo tiempo que bien diferentes a los de Brasil y Patagonia (Lejeal y Boman, 1907, pp. 182-183). Sorprendentemente, tras el repaso en el que no dejaron de describir la variación de la cultura material dentro del área diaguita y entre esta y el área andina central, concluían acerca de la unidad de la arqueología diaguita y la identidad de los materiales diaguitas con los peruanos. Finalmente sostenían que este último hecho era

consecuencia de la dominación incaica, seleccionando para esto las fuentes históricas convenientes a su interpretación y justificando la omisión de aquellas que sostenían lo contrario.

Claramente el interés de los autores estaba dirigido a impugnar la independencia y singularidad de la arqueología calchaquí. Para esto se valían de tres argumentos: 1) la pertenencia de las poblaciones calchaquíes a un ámbito diaguita más amplio; 2) la dominación incaica que implicaba una vinculación de la “provincia diaguita” con el Perú; 3) la “imposibilidad actual de asignar una fecha fija a los vestigios de la cultura ‘calchaquí’ o diaguita” (Lejeal y Boman, 1907, p. 186). Este último resulta fundamental para absolutizar el argumento 2, cuando era evidente que la invasión incaica se produjo en tiempos relativamente recientes y no antiguos. Teniendo en cuenta que tan sólo dos años antes el mismo Boman había realizado una propuesta diacrónica en la cual el contexto guaraní se superponía a un contexto calchaquí (Boman, 1905), la postura expresada junto a Lejeal parecía estar motivada por el afán de invalidar la autonomía de la arqueología calchaquí. En definitiva, operaba para minar el prestigio y la autoridad de máximo especialista en el tema que ostentaba entonces Ambrosetti, quien fue el único de los autores mencionado explícitamente por Lejeal y Boman (1907, p. 181) en su contribución.

En su obra máxima, publicada al año siguiente, Boman se extendió más acerca del tema. En primer lugar, impugnó los ensayos de interpretación del simbolismo desplegados por “algunos autores”, por ser “puramente especulativos”. Para Boman no era posible el estudio de la mitología de pueblos que no dejaron documentos escritos o que no conservan en la actualidad los “restos del culto y de las ceremonias de sus ancestros” (Boman, 1908, p. 94). Por otra parte, calificaba de “oscuro” y de “peruano” en su origen al folklore de los habitantes andinos contemporáneos del NOA, con lo cual invalidaba la utilidad del mismo para la interpretación de las “tentativas artísticas” de los antiguos artesanos. Por otra parte, dichas producciones no habrían sido más que “simples ornamentos sin ninguna tendencia simbólica o mitológica” (Boman, 1908, p. 94).

A continuación, Boman objetaba el uso del término calchaquí para aludir a toda la “región diaguita”, habiendo dejado antes en claro en su “carta étnica”, que los cronistas que emplearon el término lo usaron para aludir a las poblaciones autóctonas del sur del valle Calchaquí y del valle de Santa María (Boman, 1908, p. 22-29). Ahora, si los calchaquíes eran una sub-división de la macro-etnia diaguita; si el nombre refería a una región específica... ¿por qué buscar desterrarlo? ¿Por qué desprenderse de un término con un sentido más acotado en favor de uno más general (diaguita)? ¿Solo porque las fuentes indican que todos compartían la misma lengua cacana?

La primera cuestión señalada por Brinton –la de la relación de los calchaquíes con los incas y aymaras–, en cambio, seguía constituyendo un tema sobre el cual no había un acuerdo pleno para comienzos del siglo XX. Ambrosetti negaba la dominación incaica del NOA, a pesar de haber recuperado el contexto más claro de coexistencia de bienes locales y de influencia incaica en el sitio de La Paya (Ambrosetti, 1907, 1910; Figura 6). Lafone no tenía dudas de la dominación incaica desde que realizara el hallazgo de las huacas de Chañar Yaco (Lafone Quevedo, 1891). Pero este tema de ninguna manera les impedía reconocer la individualidad de la civilización calchaquí. Para Boman, en cambio, esta cultura habría sido un resultado de la influencia incaica sobre poblaciones locales de “cultura inferior”; y, a partir de este hecho, toda referencia a la cultura local debía insertarse en la problemática general de los Andes centrales.

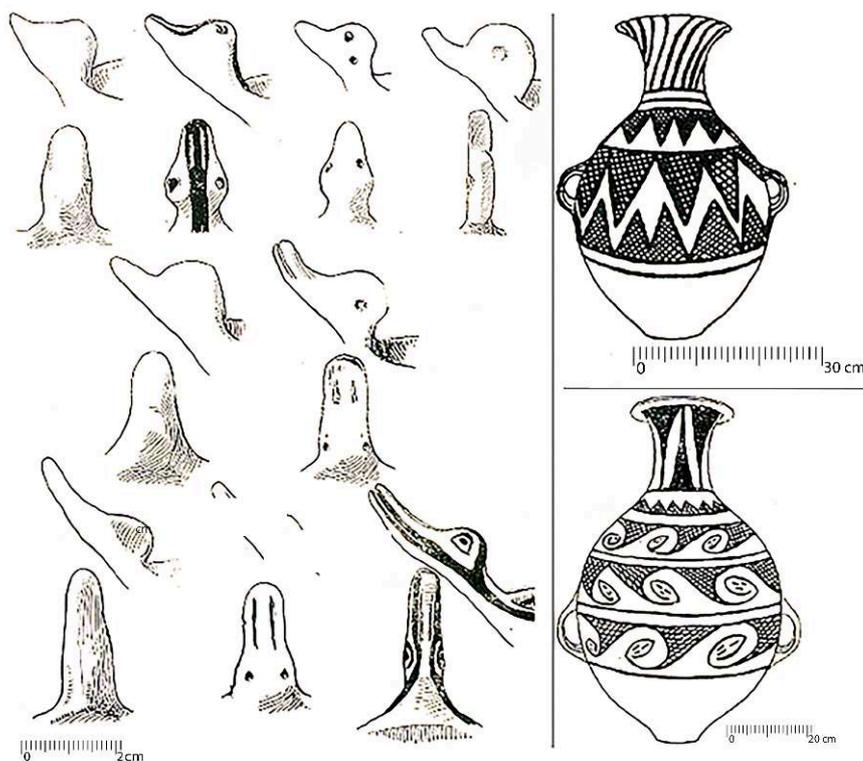


Figura 6. Apéndices modelados de platos pato y aríbalos del sitio de La Paya (modificado de Ambrosetti, 1907: 287, 293).

Ambrosetti respondió al desafío en la edición del Congreso de Americanistas inmediatamente siguiente a aquella de Quebec en la que habían expuesto Lejeal y Boman (Ambrosetti, 1910). En una poco usual síntesis de los trabajos de los investigadores argentinos llevados a cabo hasta ese momento, el autor no dejaba de expresar su asombro por la “colosal importancia” que sus críticos le daban a una cuestión meramente terminológica; al tiempo que se lamentaba del injusto tratamiento al que se veían sometidos los estudiosos de la civilización calchaquí, acusados de “inventores” de la misma (Ambrosetti, 1910, p. 430). Señalaba que por su parte utilizaba el término calchaquí en razón del nombre del lugar de procedencia de los hallazgos; y que el mismo venía siendo empleado por parte de los especialistas desde hacía una veintena de años (Ambrosetti, 1910, p. 432). Apelaba a su libro sobre La Paya para destacar el hecho de que la mayoría de los objetos procedentes de este sitio eran claramente diferentes en estilo a los del Perú y que aquellos que sí eran de indudable estilo cuzqueño, habrían sido importados durante los tiempos más recientes desde la costa Pacífica a través del desierto de Atacama (Ambrosetti, 1910, p. 431).

Finalmente, el autodidacta entrerriano destacaba la incoherencia de sus críticos, quienes, “en su pasión por combatir nuestros trabajos” aceptaban en cambio sin objeciones la propuesta de una *nueva cultura* –la atacameña– realizada por la misión Créqui Montfort (Ambrosetti, 1910; Pavez Ojeda, 2015, p. 269). De manera que, en esta breve contribución, Ambrosetti desarmó con facilidad la crítica de Boman, al tiempo que dejaba en claro una motivación del sueco que podríamos caracterizar hoy como propia de la dinámica del campo científico, antes que de la materia histórica estudiada o el posicionamiento ideológico: la disputa por el capital simbólico de reconocimiento en la esfera de la “americanística” de comienzos del siglo XX.

Ann Gustavsson se ha preguntado recientemente acerca de las causas de la rivalidad entre Boman y Ambrosetti, poniendo el foco en las diferentes opiniones que cada uno sostenía en relación al nombre adecuado para referirse a las poblaciones indígenas valliserranas, y al tema de los vínculos de la población indígena del actual NOA con la antigua del Perú (Gustavsson, 2018). Pero en esto lo que más llama la atención es la insistencia de Boman en eliminar el término “calchaquí”, a pesar de reconocer en su detallado análisis histórico el significado que efectivamente tenía en las fuentes. Claramente los denominados “estudios calchaquíes” constituían una particularidad del Noroeste argentino. Sus cultores eran investigadores locales con íntimo conocimiento de una región acotada del interior de la Argentina. En este sentido, constituían el cuerpo de investigadores con mayor experticia en la materia. La experiencia de Boman, en las dos expediciones de las cuales formó parte, fue de una escala mayor. La dirigida por Nordenskiöld abarcó el sur de Bolivia y la totalidad del norte argentino. La de de Créqui Montfort y Sénéchal de la Grange –dentro de la cual enmarcara sus *Antiquités* (Boman, 1908, p. iii)– se extendió también sobre un territorio similar. Al movimiento de investigadores locales que realizan pequeñas incursiones sobre un territorio acotado, Boman le oponía un enfoque más amplio, como integrante de grandes expediciones organizadas desde Europa. A esto cabe agregar la publicación de su obra en francés en la propia “Ciudad Luz”, algo que le confería un enorme plus de legitimación académica (Canals Frau, 1931, p. 119).

A partir del meticuloso trabajo de reconstrucción de la trayectoria de vida de Boman efectuado por Gustavsson, queda claro que se trata de un caso de ascenso social desde la posición de un inmigrante pobre y con escasos estudios, a la de prestigioso investigador.⁵ Mientras que Ambrosetti, hijo de un inmigrante rico, estuvo próximo al círculo de la alta sociedad porteña desde joven (Cáceres Freyre, 1967; Mead, 1917). Un origen igualmente acomodado corresponde a otros pioneros, como Lafone Quevedo (Furlong, 1964), y Quiroga (Olmos, 1963). Considerando el hecho de la extranjería de Boman y su legitimación desde el exterior a partir de la publicación de su obra magna, cabe considerar la rivalidad en términos de la natural competencia por la acumulación del capital simbólico de reconocimiento. Sobre todo, atendiendo al hecho de que Ambrosetti había contradicho al Outes crítico de Boman, en lo que respecta a Pampa Grande. De modo que la obstinada negación de la posibilidad de distinción entre distintas épocas por alguien que había demostrado interés e iniciativa en el desarrollo de ese tipo de observaciones (Boman, 1905), adquiere sentido en la medida en que permite obturar la posibilidad de justificar lo que insistía en calificar como “independencia” y “aislamiento” de la “arqueología calchaquí”. Al igual que en el caso de la primera polémica analizada, las poblaciones del pasado objeto de estudio se fundían con la práctica de los investigadores del presente. De esta manera las identidades, personalidades y méritos de ambos se retroalimentaban. Si Ambrosetti había adquirido un lugar en el ámbito científico como descubridor de un mundo nuevo –que hasta estudiosos como Markham llegaban a considerar como una posible “madre de las culturas de la región Ando-peruana” (Ambrosetti, 1910, p. 432)– era necesario, para un competidor como Boman, rebajar la importancia y originalidad de ese mundo, para remitirlo a otro centro más prestigioso, respecto del cual el sueco se encontraba más cerca; tal como la misma asociación con el prestigioso americanista francés Lejeal hacía evidente.

Planteados así los términos de la disputa, resulta entendible que en su exploración de nuevos territorios –la puna de Atacama, la Quebrada de Humahuaca– Ambrosetti

interpretara a la cultura material indígena local también como calchaquí (Cáceres Freyre, 1967, p. 75), error que su discípulo Debenedetti se encargaría de reconocer y enmendar tras la muerte de su maestro (Debenedetti, 1917a, 1918).⁶ De modo que en lugar de defender la escala geográfica particular del fenómeno calchaquí como parte de su especificidad, el fundador del Museo Etnográfico terminó expandiéndolo injustificadamente en el espacio, como si hubiera querido competir con la magnitud de la escala territorial del término *diaguita* introducido por Boman. Aceptaba así en la práctica parte del esquema argumental de su adversario, a pesar de haber señalado claramente sus inconsistencias. Y esa –seguramente involuntaria– concesión condujo al entrerriano al peor traspíe de su fértil trayectoria de investigación.

Ahora volviendo sobre la activa militancia de Boman para reemplazar el término *calchaquí* –el cual no obstante cada tanto se colaba en su redacción–, la misma no deja de resultar consecuente con la noción del lenguaje como “arena de la lucha de clases” (Volóschinov, 2009, p. 47); y aquello que Bourdieu denomina “el monopolio de la nominación legítima” (Bourdieu, 2008, p. 41). El empleo de términos tales como *civilización* o *cultura calchaquí* era el signo de un logro científico vernáculo, que para Boman habría sido necesario desarticular a fin de situarse al menos en igualdad de condiciones con el exitoso Ambrosetti, director de un nuevo museo en la capital de la nación, que se sumaba a aquel de mayor antigüedad, dirigido entonces por Florentino Ameghino. Para esa época, en cambio, Boman todavía no lograba obtener un cargo acorde al nivel de su gran obra, ni en Francia, ni en Suecia, ni tampoco en Argentina, su última opción (Cornell, 2000). En este sentido, puede decirse que la figura de Boman tuvo cierto paralelismo con la de Ameghino: ambos tuvieron dificultades para obtener o mantener sus inserciones laborales; y los dos se legitimaron con voluminosas obras de síntesis publicadas en París. La gran diferencia reside en los distintos lugares que ocuparon en las polémicas en las que se vieron envueltos. El sueco pronto pasó en su carrera de desafiado a crítico; mientras que Ameghino sufría hacia 1908 el desafío nada menos que de un estrecho colaborador.

Competencia al interior del propio equipo y de la misma institución

Claudia Barros (2004) ha efectuado una pormenorizada reconstrucción de la polémica desatada a fines de la primera década del siglo XX, entre Félix Outes y Florentino Ameghino. Desde la década de 1870, los hermanos Ameghino habían reconocido en sectores de la región pampeana un fenómeno de sedimentos termoalterados al que denominaron “tierras cocidas”. Florentino los interpretó como producto de eventos de incendios intencionales por parte de las antiguas poblaciones en el marco de sus estrategias de caza colectiva. Outes, siendo adscripto honorario de la Sección Arqueología en el Museo Nacional dirigido por Ameghino, publicó junto a especialistas europeos una serie de estudios en los que pretendían demostrar el origen natural de los fenómenos en cuestión (Zárate y Podgorny, 2011). Los intercambios de notas y respuestas en las revistas de la época se interrumpieron con la muerte de Ameghino en 1911, pero Barros rescata la carta de Ameghino en la que le expresa a Outes su malestar en relación con el asunto:

Un buen día el discípulo se da cuenta de que el maestro (uso el título que Vd. bondadosamente me acuerda) ha incurrido en un descomunal error que da en el

suelo con una parte de su obra ¿Qué hace? Empuña inmediatamente la pluma y sin prevenir al maestro, a quien tiene ocasión de ver a cada instante, sin discutir con él la cuestión, trabaja en el mayor misterio, sin dejar vislumbrar sus conclusiones, hasta el momento en que le revela al mundo el descomunal error, cometido por su colega, su amigo y su maestro.

Ponga Vd. la mano sobre su conciencia y diga si ése es el proceder correcto del amigo para con el amigo, del discípulo para con el maestro! (Ameghino en Barros, 2004, p. 291)

Para Barros el motivo de la polémica residió en la búsqueda de visibilidad de Outes en el campo científico, “antes que en la veracidad o falsedad de los argumentos esgrimidos”, en una actitud alejada de la ética (Barros, 2004, pp. 286-287). Este caso se vuelve así paradigmático en lo que respecta al enfoque de la dinámica del campo científico. Una dimensión que ya había quedado manifiesta en la primera polémica analizada, en la cual López expresaba cierta envidia por la posición de especialista inserto en una institución de su contendiente von Tschudi, y que también hemos traído a colación en relación con el accionar de Boman, aunque en este caso, sin una expresión manifiesta. Como sí vuelve a ser explícito en el caso del cuestionamiento del juez César Reyes al trabajo de Debenedetti sobre los “yacimientos arqueológicos occidentales del valle de Famatina (provincia de la Rioja)”, publicado en la revista *Physis*, una década más tarde (Debenedetti, 1917b).

Debenedetti realizó sus investigaciones en la provincia de La Rioja comisionado por el rector de la Universidad de La Plata, Joaquín V. González, quien recibió noticias de los pobladores del lugar acerca de hallazgos arqueológicos. En la síntesis de antecedentes que realizaba al inicio de su trabajo, expresaba que:

Citaré, para cerrar la lista de estos antecedentes y a título de mera curiosidad bibliográfica, por cuanto carece en absoluto de valor científico, un ensayo arqueológico del Dr. César Reyes, aparecido recientemente, en el cual se mencionan algunos detalles sobre dudosos yacimientos riojanos. (Debenedetti, 1917b, p. 388)

Debenedetti realizó excavaciones en la Tambería del Inca (Chilecito) donde, a partir del hallazgo de un fragmento de plato pato, expresaba su adhesión a la certera tesis de Uhle de considerar a las fortalezas con tales evidencias como “de origen incaico”. En Famatina, realizó excavaciones en el sitio El Rincón, señalando respecto de su alfarería que presentaba los mismos tipos conocidos para “Andalgalá, Tinogasta y Vinchina, con exclusión absoluta de los clásicos tipos del valle de Yocavil y Calchaquí” (Debenedetti, 1917b, p. 395). En Hualco recogió de los pobladores el término de “barreales”, para referirse a los campos llanos que carecen de vegetación y de clastos rocosos y que, en su opinión, correspondían a antiguos campos de cultivo que siempre presentan en sus inmediaciones restos de estructuras prehispánicas, por ejemplo, para el manejo del agua. Las viviendas, por su parte, las identificó en las laderas de los cerros cercanos, con lo cual entendía que podía hablarse en estos casos de auténticos pucaras. Finalmente, en Chañarmuyo señaló que los yacimientos “pueden dividirse en dos series perfectamente bien caracterizadas”: los de los barreales y los de los pedregales (Debenedetti, 1917b, p. 397): “los primeros están ubicados sobre la margen izquierda del río, ocupando una zona cuya anchura alcanza a más de un kilómetro; los segundos se extienden en los campos pedregosos situados inmediatamente a espaldas de los barreales” (Debenedetti, 1917b, p. 397).

Si bien en los barreales no encontró vestigios de viviendas, la abundancia de alfarería le hizo suponer que allí debieron haber existido en el pasado, sólo que confeccionadas en material perecedero, como la *quincha*. Por su parte en los pedregales halló

construcciones de piedra –mayormente los cimientos– que también atribuyó a viviendas. La alfarería hallada completa también se correlacionaba con esta diferencia topográfica: en los pedregales las urnas funerarias eran “toscas y simples”, mientras que en los barreales eran del tipo draconiano con decoración zoomorfa (Figura 7), que Ambrosetti había interpretado como representativa de tigres (Debenedetti, 1917b, pp. 399-401). Debenedetti coincidía en esto con su maestro, a pesar de compartir la opinión de Boman acerca de “la improbabilidad de conocer e interpretar los mitos a través de las decoraciones” (Debenedetti, 1917b, p. 402). Pero lo más importante era que la dispersión de la cerámica draconiana se daba siempre al Sur de la sierra del Atajo, constituyendo entonces dicha área para el autor “la verdadera región diaguíta” (Debenedetti, 1917, p. 403). Finalmente, adhiriendo a la tesis de Uhle (1912) respecto de una cronología más antigua para el estilo draconiano que la de la cerámica santamariana, llamaba la atención acerca de las similitudes de la primera con objetos de piedra y de madera hallados en el valle Calchaquí, en la quebrada de Humahuaca y en algunos cementerios de la costa del Pacífico.



Figura 7. Versión en miniatura del tipo de urnas de estilo draconiano (hoy Aguada) con el mismo motivo zoomorfo presente en los ceramios de Chañarmuyo reproducidos por Debenedetti (1917b, p. 400). Pieza del Museo Etnográfico “J.B. Ambrosetti” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

La respuesta del juez César Reyes a la descalificación que le prodigara Debenedetti en la introducción de su trabajo, tuvo un argumento explicitado en el título: “Las dos pretendidas culturas precolombinas en Chañarmuyo” (Reyes, 1918). Al igual que una década atrás con la polémica Boman-Ambrosetti, los términos de la disputa se relacionan con la práctica de identificación o reconocimiento de culturas, un rótulo algo más general que el de civilización. La aplicación de este último requería de un mayor conocimiento que permitiera afirmar su carácter más elevado. Reyes comenzaba

señalando que sus estudios en la “misma comarca” habían sido debidos “a su propia iniciativa” y con su “peculio”:

(habiendo gastado en esa excursión mil trescientos pesos nacionales –*fuertes* para mí–, vale decir casi tres meses de sueldo de juez, a 450 pesos por mes), y contraído entonces una enfermedad de cuidado, dada mi delicada salud, y al referir estas impropiedades en este lugar, es sólo para contribuir a avalorar los resultados alcanzados, teniendo en cuenta el esfuerzo desplegado por los que expedicionan y escriben con toda la protección nacional, de altos sueldos ordinarios y extraordinarios, colaboradores y ayudantes oficiales, fotógrafos, químicos, físicos, geólogos, dibujantes, cantareros, etc., etc. Y por los que lo hacen sin más protección que sus entendederas, sus brazos, sus piernas y sus escasas monedas. (Reyes, 1918, p. 403).

Podemos advertir aquí una situación con similitudes a aquella planteada respecto de la polémica entre el López amateur y el profesional von Tschudi: celos para con aquellos legitimados y solventados por instituciones para llevar adelante la empresa de la investigación. Que lo hayan explicitado en sus textos ayuda a entender la situación de los autores de la época en el contexto de los campos sociales, así también como la elección de los temas y la virulencia de los ataques. Es cierto que Reyes estaba respondiendo a lo que seguramente consideraría un desprecio u agravio personal expresado por Debenedetti. Se sentía en desventaja y de alguna manera al expresarla también justificaba las posibles deficiencias de su trabajo. En primer lugar, desmentía afirmaciones acerca de los lugares en los cuales Debenedetti afirmaba haber realizado excavaciones, valiéndose de las respuestas entregadas por el mismo baqueano que había contratado el profesor de la UBA. Luego contradecía la interpretación de este acerca de que las acumulaciones de piedras habrían sido el producto de despedres, en favor de considerarlos montículos ceremoniales, a la manera de grandes apachetas y apelando al concepto de Lafone de *allpatauca* (Reyes, 1918, p. 72). En esto resulta interesante la bibliografía teórica a la que apelaba Reyes: “los sociólogos naturalistas entendidos en las sociedades primitivas”, con autores como Spencer y Quesada (Reyes, 1918, p. 74); algo totalmente ausente en los arqueólogos profesionales de la época. Pero lo más interesante para nosotros ahora es la cuestión a la que hacía referencia el título de su trabajo: la pretendida identificación de “dos culturas precolombinas” por parte de Debenedetti.

Conocedor del terreno, Reyes apeló al sentido común para desconfiar de la interpretación de Debenedetti acerca de las dos culturas dispuestas contiguas en el espacio. Propuso que, en todo caso, se habría tratado de “dos barrios de un mismo pueblo (...) y no de dos pueblos, clanes o tribus distintas, para que den *culturas* (recapacite el lector en el alcance del término) diferenciadas” (Reyes, 1918, p. 331). Hacía seguidamente el ejercicio de extrapolar la lógica de la interpretación de Debenedetti a la Buenos Aires vista por arqueólogos del futuro, que establecieran que en el barrio de Belgrano habitaba un pueblo agricultor y en la *City* otro diferente, dedicado al comercio, en función de los utensilios encontrados en uno y otro sector. Y remataba su crítica con palabras de Boman, en correspondencia con el autor, quien hablaba de las propensiones de Debenedetti “de encontrar diversidad de culturas precolombinas” (Reyes, 1918, p. 331). Dicha correspondencia la entabló el autor luego de escuchar la tesis de Debenedetti de boca del propio autor, en un encuentro mantenido en La Rioja cuando el trabajo del primero ya estaba en prensa. Reyes le habría mostrado dos urnas funerarias extraídas del mismo lugar, que asignaba – erróneamente– al estilo santamariano y que por consiguiente darían por tierra con la

interpretación del Profesor de Buenos Aires. Éste entonces, según Reyes, le dijo que iba a corregir su manuscrito, cosa que el primero no creyó y por tal motivo le escribió a Boman para participarlo de su descubrimiento acerca de la supuesta equivocación de Debenedetti.

Luego continuaba Reyes con dos observaciones de carácter *actualístico*. La primera, de índole etnoarqueológica:

Desde luego es necesario hacer notar que no es un rasgo distintivo de dos culturas la circunstancia de que se hagan habitaciones unas de *quincha* o barro y otras de *pirca*; pues hoy mismo, nuestros paisanos de La Rioja y del interior de la república, que pertenecen a una misma raza y pueblo, construyen sus *ranchos* (vestigios de los *toldos* indios) *inmediatamente* ya todo de *quincha*, o bien, sólo la base de *pirca*, adobe o *tapia* (tierra amasada y apretada) y el resto *quincha*, o finalmente (pero esto es más raro) todo de *pirca*, adobe o *tapia*. (Reyes, 1918, p. 333)

Y la segunda, de carácter ambiental: dada la activa escorrentía sobre la falda donde se encuentra Chañar Muyo, resultaba lógico para Reyes que no quedaran *pircas* en pie (Reyes, 1918, pp. 333-334). Pero esto no explica por qué si se conservaron en los “pedregales” y no en los “barreales”. En cambio el argumento de que resulta lógico que en los pedregales se construyeran *pircas* y en los barreales *quincha* o *tapia* en función de la materia prima más a la mano fue expuesto con mayor claridad por Reyes, quien además era bien consciente acerca de la dinámica del campo científico: “...es el deseo de descubrir, de inventar, de “aparecer original”, lo que lleva a los autores de raza latina a “cientificar tanto” (Reyes, 1918, p. 341). Reyes advertía que la novedad del artículo de Debenedetti no se limitaba a la identificación de dos culturas, sino que alcanzaba también al hecho de que la cerámica de los barreales era “característica de la provincia de La Rioja, parte de Catamarca y parte de San Juan, como independiente de la cultura diaguita, de la llamada calchaquí y la incásica, siendo otro pueblo que la produjo” (Reyes, 1918, p. 341). Fue así el primero de los críticos de Debenedetti quien legaría a la posteridad el mejor reconocimiento de lo que hoy sabemos fue sin duda el mayor logro de la arqueología de su época.

El segundo crítico de Debenedetti fue, nuevamente, el severo Outes, a propósito de la contribución del primero acerca de los cementerios de Caspinchango, en la porción catamarcana del valle de Santa María. El artículo objeto de la crítica fue el único publicado contemporáneamente a la época de actividad de las misiones Muniz Barreto (Farro et al, 2012) y consiste en la interpretación de Debenedetti de los resultados de los trabajos de campo llevados a cabo por el ingeniero Weisser en el valle de Santa María. Debemos a Alejandro Haber la recuperación de esta interesante polémica en la historia de la arqueología argentina (Haber, 1999). Se trata de la primera presentación de un contexto de época hispano indígena, prolijamente excavado de acuerdo con los más actualizados criterios científicos de la época (Scattolin, 2020). Tras presentar y discutir la evidencia de las excavaciones de Weiser (no así las propias, de la expedición de la Facultad), las conclusiones de Debenedetti fueron las siguientes:

1ª Los dos cementerios, a que me he referido, son los primeros que, con caracteres y contenido francamente hispánicos y con una documentación insospechable, se descubren en el valle de Yocavil.

2ª Establecen, por lo tanto, el primer punto de referencia y de comparación para proceder retrospectivamente, como método, a los efectos de tentar la posición cronológica de las culturas que se sucedieron en aquellas comarcas.

3ª Los descubrimientos arqueológicos en Baradero (Buenos Aires), en Viluco (Mendoza) y cerro de la Sepultura (Mendoza), llenan la misma finalidad para comarcas distintas y distintas culturas aborígenes.

4ª En los cementerios de Caspinchango no existen utensilios que pertenezcan a la cultura incaica.

5ª Los cementerios de Caspinchango fueron emplazados sobre abandonados cementerios de párvulos en urnas de tipo Santa María, de una época y una cultura muy anterior.

6ª En los cementerios de párvulos en urnas de tipo Santa María, no se encuentran objetos ni de tipo incaico ni de tipo Caspinchango, lo cual evidencia distintas culturas, en épocas distintas.

7ª Hasta este momento y, provisoriamente, se entiende, pueden fijarse estos períodos culturales, arrancando de los yacimientos de Caspinchango, influidos por la corriente conquistadora: período contemporáneo de la conquista; período inmediato anterior con influencia incaica; período santamariano sin conexión y, aparentemente, autónomo. (Debenedetti, 1921, p. 46)

Sólo había elementos para objetar la 5ª conclusión, a partir de la perla de vidrio incluida en una urna –que a juicio de Debenedetti constituía un elemento intrusivo–, pero principalmente por el caso de la cámara mortuoria denominado sepulcro V, el cual contenía una urna santamariana prácticamente en contacto con el cadáver extendido de un adulto (Figura 8), junto con hebillas de hierro y “pedazos de hojas de cuchillos” del mismo material (Debenedetti, 1921, p. 14). En este sentido, la crítica de Outes (1922-1923, p. 269) es certera y sorprende el silencio de Debenedetti respecto de la evidente contradicción de este dato con sus conclusiones. No obstante, sabemos hoy –a partir de hallazgos como el realizado por el equipo de Cigliano en Lampacito en los años '60 (Lorandi et al, 1960)–, que siendo las urnas santamarianas un tipo de alfarería con orígenes muy anteriores en el tiempo a la época hispano indígena, al mismo tiempo perduraron en uso hasta una vez avanzado el período del contacto. Del mismo modo, la conclusión 6ª mantiene su validez en la actualidad.

De modo que aún con sus errores, Debenedetti dio con este trabajo aquel paso hacia la interpretación de los contextos descriptos, que tanto le había costado a Ambrosetti en La Paya después de su inmenso trabajo de presentación de los datos. No podemos descartar en esto la incidencia de la revolucionaria ponencia de Uhle (1912; NASTRI 2010a), que viera la luz entre medio de las contribuciones de maestro y discípulo. Ahora, a los efectos de analizar la polémica en torno de Caspinchango, no deja de llamar la atención el hecho de que, sin siquiera ser un especialista en el área –más allá de haber realizado, de mal grado, una clasificación de los materiales del NOA por encargo del director del Museo de La Plata (Outes, 1907)–, Outes desplegaría una crítica lapidaria que amerita un repaso en detalle.⁷

Ya en el inicio de la reseña, Outes hacía gala de su mordacidad, refiriéndose con sorna al “galimatías” con que se inserta la contribución a reseñar, en una serie de publicaciones de la, a su juicio, una incierta “sección antropológica” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.⁸ A continuación buscó sin disimulo mal enquistar al mecenas de la expedición –Benjamín Muniz Barreto– con el autor del trabajo, acusando a Debenedetti de malagradecido por no haber bautizado a la expedición de la Facultad con el nombre del benefactor (incluso revela Outes la suma monetaria aportada por Muniz Barreto).

Al repasar la evidencia en cuestión, Outes parecía olvidarse de que se trataba de una reseña bibliográfica, porque en el discurso se involucraba como si tuviera el rol de

investigador a cargo, tratando de subsanar lo que consideraba aspectos incompletos de la presentación de Debenedetti; apoyándose en lo que, en contraste, no dejaba de destacar como excelente información gráfica aportada por Weiser (Outes, 1922-1923, p. 260). Señalaba que buscó tabular el contenido de las tumbas, pero que le fue imposible dados los defectos de las “extremadamente vagas” referencias de Debenedetti. Su crítica se centró finalmente en las conclusiones 4 a 7 del autor, en la medida en que su trascendencia:

(...) salta a la vista; el autor cree haber resuelto, no solamente un delicado problema stratigráfico y una complicada cuestión cronológica, planteados desde hace ya largo tiempo, sino que llega a fijar, también, sin mayores reservas, las fases del desarrollo cultural en buena parte del noroeste de la República. (Outes, 1922-1923, p. 263)

Destacaba Outes la necesidad de su examen dado el hecho de “hallarse encargado el autor de la monografía que analizo de la enseñanza oficial de la Arqueología en la Universidad de Buenos Aires”. Y seguidamente traía a colación las palabras “oficiales” de los programas de la Facultad que incluían en los cursos en cuestión tareas tales como: la exploración de yacimientos; extracción, clasificación y estudio del material; formación de catálogos; y preparación de publicaciones y cartas arqueológicas. Outes temía que el solo prestigio de estas funciones pudiera promover a que las conclusiones del autor “fueran aceptadas sin previo análisis, perpetuando, así, conceptos que bien pudieran resultar erróneos o simplemente inaceptables por insuficiencia de prueba” (Outes, 1922-1923, p. 263).

Outes también pretendía denunciar que la publicación reseñada se había preparado con prisa, a la luz de ciertos usos poco elegantes del lenguaje, que transcribió puntillosamente. Lo mismo valía para el “léxico científico empleado” (Outes, 1922-1923, p. 264). Pero la primera “falta grave” que señalara Outes fue la de “reducirse a estudiar una mínima porción del material de que disponía”, dado que Debenedetti se dedicó únicamente a los cementerios que contenían materiales de origen hispánico, de entre el conjunto de los relevados tanto por la misión Muniz Barreto como por la de la Facultad de Filosofía y Letras realizada con menor suerte unos meses antes.

Esta circunstancia, por si sola, invalida las conclusiones formuladas, pues, se han omitido los amplios elementos de juicio que exige la evidencia arqueológica, cuando se trata de investigaciones que encaran la solución de problemas referentes a la sucesión de niveles culturales, cronología relativa y absoluta, o tipología cronológica. (Outes, 1922-1923, p. 265)

Outes se valió así de la misma presentación de los datos de Debenedetti para cuestionar fundadamente aspectos de sus conclusiones 4 a 6, con lo cual estimaba que quedaba automáticamente invalidada la 7ma.:

Por ello, huelga decir que las “distintas culturas en épocas distintas” a que alude el autor, los “períodos” diversos, cuyo acervo arqueológico integral aún no se conoce, y cuya expansión no se ha fijado en sus múltiples *facies* locales, son, hoy por hoy, meras expresiones verbales, desprovistas de todo sentido cronológico y de todo valor stratigráfico (Outes, 1923, p. 275).

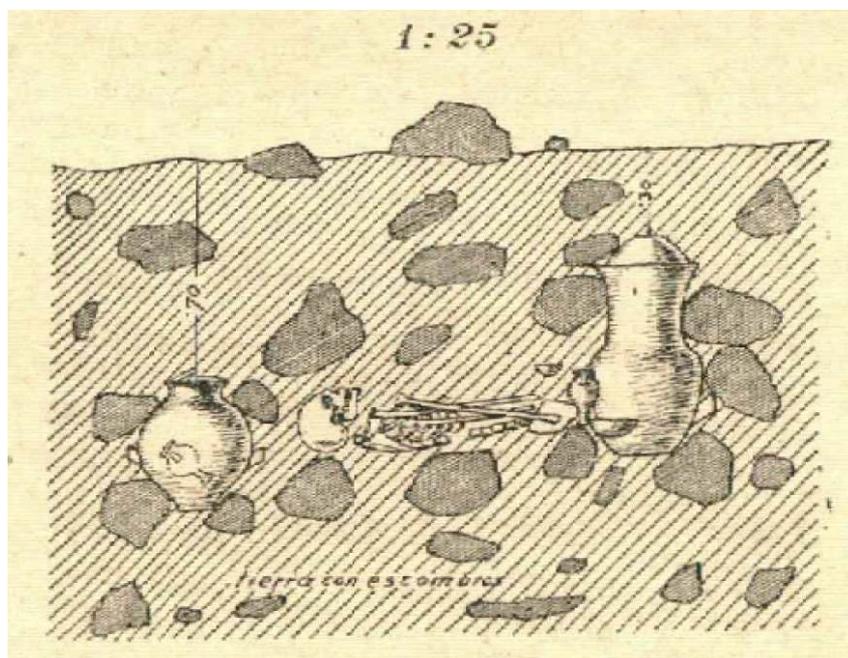


Figura 8. Esquema del hallazgo de una urna santamariana en asociación a entierro de época hispano-indígena en el cementerio de Caspinchango (tomada de Debenedetti, 1921, lám. VIII).

Outes sólo rescataba entonces de la contribución en cuestión, “el material europeo contenido en algunas de sus sepulturas”.⁹ De modo que, coherentemente con sus anteriores intervenciones, respecto de la cronología del NOA y la caracterización de sus distintos períodos, para Outes era preferible el silencio, el vacío de conocimiento, antes que contenidos que se fundaran sobre cimientos no acordes con los últimos avances técnicos y protocolares de la disciplina. Outes utilizó toda una batería de recursos científicos a los fines de *impugnar* casi en su totalidad el trabajo de Debenedetti; de modo que:

(...) hasta ahora no se han verificado en el noroeste argentino estudios metodizados que permitan fijar el momento en (...) que se produjo la penetración incaica (...) Tampoco se ha emprendido el estudio integral del complejo que ha dado en llamarse “período santamariano”, cuya pauta la constituyen –según sus inventores– los cementerios de niños inhumados en urnas (...) la agrupación cronológico-estratigráfica intentada para el *Kulturkreise* aludido, carece de base, y los elementos que, la integran, no pueden poseer personalidad alguna (Outes, 1922-1923, pp. 272-273).

En esta breve cita de hace un siglo se advierten varios elementos dignos de destacar, algunos de ellos por su carácter vanguardista. En primer lugar, la temprana referencia al entonces novedoso marco teórico de la escuela histórico cultural vienesa, en la figura de los círculos culturales (González, 1992); en segundo lugar la explicitación de un “período santamariano” que adquiriría una fuerte presencia en la bibliografía (si bien ya como “cultura”) recién varias décadas después; y, finalmente, la apelación al carácter “inventado” de ese período: una acusación que también se “adelantaba” bastante en el tiempo (Cornell y Johansson, 1998), aunque ya había emergido en críticas como las referidas de Boman y Reyes para con Ambrosetti y Debenedetti, respectivamente.

Haber (1999) postula una posterior asimilación disciplinaria de los planteos de Debenedetti, sin considerar la crítica de Outes, como causa de una *ruptura metafísica*

entre historia y arqueología. Debenedetti había exagerado la diferencia absoluta entre los contextos puramente locales y los hispano-indígenas, a la vez que habría ignorado la presencia de material incaico que iluminaba acerca de un tercer período representado en las tumbas del sitio. Haber lamenta la incorporación del hallazgo de Debenedetti al *background* de conocimientos de la arqueología valliserrana, sin considerar la crítica de Outes, en la medida en que este hecho sería responsable de la instauración de la ruptura metafísica entre historia y arqueología (Haber, 1999, p. 134). Esta tensión entre disciplinas académicas atraviesa toda obra de estudio acerca del pasado indígena, dado el hecho, señalado por Taylor hace más de medio siglo, de que “la arqueología es antropología, pero hace historia” (Taylor, 1948, p. 6). El fluido manejo de Outes de los criterios arqueológicos más actualizados de su época es evidente; y sus críticas a la interpretación del registro, totalmente acertadas. Pero el resultado de su examen es, otra vez, el silencio histórico. Sólo puede rescatar el hecho de la presencia de materiales europeos en las tumbas indígenas de Caspinchango. Debenedetti, en cambio, es un claro exponente de la primera generación de cultores de la disciplina, interesado por toda pista que pueda iluminar ese pasado, arriesgando hipótesis y elaborando construcciones históricas, más allá de los datos fragmentarios y su desprolijo tratamiento. Representa el esfuerzo por la construcción histórica en un contexto de “antigüedades incontroladas” (Podgorny, 2004). Este caos es lo que la severa personalidad de Outes buscaba ordenar. Contaba con las herramientas intelectuales para eso. Pero no lo hizo. Pasarían largas décadas antes que los procedimientos bien conocidos por Outes fueran puestos en práctica para la construcción de representaciones del pasado. ¿Por qué entonces Outes, fundador nada menos que de la revista *Historia*, censuraba de modo tan tajante la construcción del pasado por la que abogaba Debenedetti, que el tiempo revelaría como acertada en términos generales? Y aquí podemos apelar al marco de la teoría de la distinción y de los campos sociales, atendiendo al hecho de que esta impugnación colocaba a Outes en un lugar de privilegio en la jerarquía científica, y sin siquiera tener necesidad de analizar materiales en el museo, o ir al campo a procurarlos; esta última, tarea que no realizaba (Salas, 1940). Y relacionado con esto no dejan de resultar significativas las referencias mordaces de Outes al comienzo de su crítica hacia la inexistente “Sección Antropológica” de la Facultad de Filosofía y Letras.

Farro et al (2012) han destacado el profundo vínculo de Debenedetti con el acaudalado coleccionista Muniz Barreto, que le diera un importante rol en la organización de las actividades de sus expediciones. Para la misma época Outes también se había vinculado con Muniz Barreto, tal como queda de manifiesto en su trabajo sobre el arte peruano (Outes, 1920; Farro et al, 2012). Por otra parte, Debenedetti había sucedido a Ambrosetti en la dirección del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires a la muerte de éste; quedando relegada de esta manera justamente la figura de Outes (Barros, 2000), por entonces de mayor edad y trayectoria. El turno de este llegaría tras la muerte de Debenedetti en 1931, hecho que permite suponer tanto un posible interés previo en el cargo, como el hecho de que su perfil era adecuado para el mismo en la visión de las autoridades de la Facultad. No deja de resultar significativo que pocos años antes, cuando la revista *Nosotros* decidió consultar a personalidades de la cultura acerca de su opinión respecto de la necesidad de creación-exaltación de un folklore nacional, hubieran elegido a Outes y Debenedetti como personalidades representativas del americanismo (Mercante, 1918; Nastri, 2020). El caso prueba que ambas figuras poseían un status equivalente e intereses en común, pero, aunque revistaban en la misma

Universidad, no hay registro de ninguna colaboración entre ambos, ni siquiera de carácter informal. También en ocasión de la organización de conferencias por parte de los centros de estudiantes de las distintas facultades de la universidad, Outes y Debenedetti eran los candidatos convocados por el centro de estudiantes de Filosofía y Letras (Outes, 1920, pp. 55-56), del cual el segundo había sido presidente (Casanova, 1966-1967). Y, por último, no podemos dejar de lado el hecho de que inmediatamente antes de la asunción de Debenedetti como director del Museo Etnográfico, la reseña de Outes de su trabajo en San Juan era halagüeña. Señalaba por ejemplo que esta obra:

(...) bellamente escrita, marca una excepción que es de calificada justicia reconocer.

En efecto, su lectura proporciona el alivio de una racha ozonada. Disipa, siquiera sea momentáneamente, la opresión penosa producida por la prosa amorfa y tropezona de las eminencias grises, o las incoherentes diluciones de los que transforman los cráneos, los cacharros y hasta las puntas de flecha en otros tantos peldaños para su ascensión osada. Es una fortuna, pues, encontrar el escritor que dice de cosas arcaicas con brillo, colorido y justeza. (Outes, 1917, p. 486)

No hay en esta reseña ninguna mención a la muerte de Ambrosetti ni al nombramiento de Debenedetti como sucesor, lo cual hace suponer que fue redactada con anterioridad a ambos sucesos; contrastando notablemente con la actitud que tomó Outes respecto de Debenedetti apenas un lustro después. Si contra Ameghino, Outes había introducido información novedosa y original para derrumbar la interpretación del maestro, en cambio la estrategia de 1922 habría replicado en parte aquella empleada contra el ascendente Boman en 1905: apelar a la simple lógica para impugnar las interpretaciones del adversario. Pero en el caso de Debenedetti, avanzó un paso más hacia la deslegitimación integral del proceder científico de éste. ¿Puede interpretarse esto como un intento postrero de arruinar el prestigio del par competidor que se habría quedado con el cargo al cual él aspiraba? De lo que no quedan demasiadas dudas es de que se trata de un buen ejemplo de una estrategia activa de lucha por la acumulación del capital simbólico de reconocimiento, más allá de encontrarse ahora en una posición distinta: ya no se parece el confiado *challenger* de 1908 que proporciona la solución a un problema de investigación, sino que se presenta como una suerte de derrotado vengativo que se contenta con arruinar la propuesta presentada por su adversario, sin siquiera hacer votos por la aparición de nuevos datos que aclaren el tema en el futuro, como sí consignara en el caso de su crítica a Boman de 1905. No deja de resultar significativo, que a pesar de haber publicado gruesas contribuciones sobre la cultura material del NOA (Outes, 1907) y el simbolismo andino (Outes, 1920), las mismas no gravitaron en la discusión acerca de la cronología del NOA que, casi contemporáneamente enfrentaría a Boman con Uhle (Nastri, 2010a y 2020b). Puede tomarse esto como otra muestra de la contradicción en la que se debatía Outes, entre el compromiso con el conocimiento del pasado, y la competencia en el presente entre los especialistas del estudio de ese tiempo, que además lo conducían a dispersarse en una gran variedad de temas. En palabras de Torre Revello:

El señor Outes fue un estudioso que vivió siempre en disconformidad con el ambiente en que actuó (...) Sostuvo enojosas discusiones con autores que desearon abordar temas idénticos a los que planeaba, alegando razones que realmente no justificaban esa actitud (Torre Revello, 1942-1943, pp. 949-950).

Palabras finales

A lo largo del lapso analizado podemos apreciar algunas recurrencias en el modo en el cual se plantearon los debates y polémicas. De todas maneras, antes de eso debemos señalar el hecho de que los casos no se distribuyen de manera uniforme a lo largo del período considerado. De este modo, entre la primera y la segunda polémica median 27 años, más de la mitad del período de casi medio siglo que abarca el presente estudio. Ese primer debate, por otra parte, si bien contemporáneo de los inicios de la práctica arqueológica en Argentina, se dio en cierto modo en forma paralela a ella, ya que se trata de la respuesta de un americanista suizo estudioso del incario a una crítica publicada por el historiador-filólogo argentino en su libro de 1868. Esto es, una obra publicada con anterioridad a lo que puede considerarse el inicio oficial de la arqueología del NOA en 1876, con las excavaciones de Leguizamón en el valle de Lerma y de Liberani y Hernández en el de Santa María (Nastri, 2020a). Pero puesta en comparación con las polémicas posteriores, queda de manifiesto que la de von Tschudi-López anticipa algunos de los elementos que en la arqueología demorarían todavía algunas décadas en manifestarse, probablemente como consecuencia del carácter novel de la disciplina. Más allá de constituir una figura puente entre la disciplina histórica y la emergente antropología, López ejercitaba con soltura, como intelectual librepensador, los recursos de la polémica y el debate ya en la década de 1870. Muy poco de esto aparece, en cambio, en los primeros pasos arqueológicos que daban en ese momento autores como Leguizamón y Liberani, o incluso en aquellos mejor insertos en el campo científico como Burmeister o Ameghino (Nastri, 2020a). Estos últimos buscaban presentar y reproducir ante audiencias más amplias, los resultados de los primeros trabajos en el terreno. Y si bien ya existían naturalmente diferencias de interpretación, las mismas no eran enfatizadas, dado que el interés estaba centrado en dar a conocer y transmitir lo más fielmente posible los sorprendentes hallazgos. De manera que fue recién entre 1905 y 1908 cuando se desarrolló una polémica en torno a evidencia material registrada en el territorio argentino, con Outes y Boman como protagonistas.

A partir de su temprana experiencia como director de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Outes estaba para 1905 sin duda bien familiarizado con la práctica de la crítica académica. Y si bien su texto fue una derivación de lo que en principio iba a ser una mera reseña bibliográfica, el hecho del planteo de una discusión por fuera de su región de estudio no deja de llamar la atención. Mientras que la aspereza de su retórica parece ser la expresión de un rasgo de personalidad, que más adelante tendría numerosas ocasiones de manifestarse (de Aparicio, 1940-1942; Salas, 1940; Torre Revello, 1943; Márquez Miranda, 1967, p. 68), las circunstancias de su enfrentamiento con Ameghino pocos años después no dejan dudas acerca del modo en que la competencia científica era el motor principal de su accionar (Barros, 2004), más allá de lo fundamentado de sus críticas. Y algo similar vale para su más virulenta impugnación posterior del proceder de Debenedetti, con quien debió competir en cargos o derechos, tales como la dirección del Museo Etnográfico o el acceso a la colección de Don Muniz Barreto.

Casi seguidamente tras ser destinatario de las críticas de Outes, Boman asumió el papel de acusador en su disputa con Ambrosetti. Este, por su parte, si bien derrumbó convincentemente los argumentos del sueco, dio más importancia a la refutación

mediante presentación de nueva evidencia; como si la misma pudiera hablar por sí sola. En estas acciones, operó una mejora inédita hasta el momento en el registro de la evidencia; casi al mismo tiempo que extendía sus investigaciones hacia nuevas áreas. Lo que vimos como una inconsistencia científica de las críticas a la “arqueología calchaquí” formuladas por Boman, puede ser explicada a la luz de la teoría de los campos sociales, como una nueva manifestación de la lucha por el lugar de reconocimiento, que en este caso implicaba la competencia por la imposición de un nombre para la especialidad. Mientras que la denominación *calchaquí* centraba a la competencia en el medio argentino –con el consiguiente mayor peso de las autoridades científicas locales–; el uso del término *diaguita*, con sus implicancias de dependencia de los desarrollos peruanos, colocaba a los estudios realizados en el área valliserrana como subordinados a los de la esfera andina, por su parte dominados por investigadores extranjeros, con quienes Boman mantenía colaboraciones. Por su parte, pareciera que entre los cultores originales de los estudios calchaquíes primó una posición conciliadora, que incorporó la propuesta terminológica de Boman, para hacer referencia al sector sur del área valliserrana, manteniendo el rótulo tradicional para el sector Norte. Lafone, por ejemplo, se refirió así a la alfarería del área valliserrana en general como “diaguito-calchaquí” (Lafone Quevedo, 1908).

Lo anterior nos lleva a una última cuestión, que fuera lúcidamente advertida por el juez Reyes: algunos de los autores eligieron el lugar de la creación, del descubrimiento – Ambrosetti, Debenedetti–, mientras que otros practicaron con entusiasmo la “crítica severa” –Outes, Boman, Reyes–. Estos últimos identificaron certeramente fallas de procedimiento en los primeros –en ocasiones los corregían salvando la utilidad de los datos producidos (como Outes en relación con la vasija sobre la tumba hispano-indígena en Caspinchango) pero en general llamaban a la invalidación de los trabajos que criticaban. Efectivamente, tal como ocurriera en el caso de un tercer integrante del grupo de los *descubridores* Max Uhle las propuestas positivas, que el tiempo demostraría correctas en general (Nastri, 2010a) estaban acompañadas de especulaciones sin base y muchas fueron alcanzadas a partir de argumentos que hoy sabemos son equivocados. Pero no podemos quitarles el mérito de haber logrado el mayor acercamiento a lo que hoy conocemos que fue la historia indígena de la región. Siendo ambas actitudes la de creación/descubrimiento y la de cautela/crítica igualmente indispensables en la construcción de una disciplina científica y una práctica histórica, queda de manifiesto cómo las mismas fueron parte de un juego de “suma 0”. Aquel que dedicara sus esfuerzos a largas campañas en el terreno y al inventario detallado de un cúmulo de materiales recuperados Ambrosetti, le faltaría el tiempo para la conformación de un aparato erudito de fuentes de la época de la conquista y de evidencia arqueológica de toda la región, como el desplegado por un autor instalado en las bibliotecas de Europa, como Boman. El practicante amateur de la arqueología Reyes bien podía estar actualizado de la bibliografía sociológica, pero sus excavaciones serían limitadas y más aún el estudio del material recuperado en el gabinete. El director de Museo Debenedetti podía por fin identificar otros contextos culturales diferentes al calchaquí, al costo de una menor “prolijidad” y detalle en el tratamiento de la evidencia que el que supo mostrar su propio maestro. Como señalara de Aparicio, en su necrológica: “El entusiasmo por su investigación sobre el terreno restóle tiempo para el trabajo de gabinete, postergado continuamente” (de Aparicio, 1931, p. 377).

En definitiva, el repaso de las polémicas del primer medio siglo de bibliografía arqueológica en Argentina permite apreciar tanto el modo en el cual se articulan los

distintos factores incidentes en la historia de la disciplina, como la elección por parte de los autores de ciertas actividades y roles en sus aportes a la construcción científica de la historia. Queda de manifiesto que el conjunto numeroso y variado de acciones y actividades que implica la arqueología, con sus determinaciones externas derivadas de elementos tales como la formación de los cultores, el financiamiento disponible, la capacidad física, etc., tiene consecuencias directas en los resultados a obtener. Y al mismo tiempo, una tensión entre ciencia e historia divide a los practicantes entre una mayor inclinación por la creación/descubrimiento, o por el planteo de una crítica rigurosa, con una mayor atención a la puesta en acción de procedimientos protocolizados.

Podemos reconocer la presencia en la actualidad de las prácticas que se consolidaron durante el período estudiado en el presente texto. Por un lado, el trabajo de campo intenso, cuyo ejemplo más representativo es Ambrosetti en La Paya. Por el otro lado, el análisis minucioso de los datos generados a los fines de la realización de inferencias, en lo cual Outes ha marcado la senda. Por su parte Debenedetti ha incursionado en una vía más atenta a cuestiones históricas más generales, en desmedro de la precisión de las anteriores, pero logrando al mismo tiempo el mayor éxito en la resolución de los problemas que suscitaban por entonces el mayor interés de los investigadores (la cronología y la distribución geográfica de las “civilizaciones”). Finalmente, los arqueólogos profesionales se cuidaron de mencionar cuestiones teóricas, a diferencia de aficionados tales como Reyes, o maestros y colaboradores cercanos, como fueron las figuras de Pedro Scalabrini (1967), Leopoldo Maupas (1918), o Carlos Octavio Bunge (1918) respecto de Ambrosetti. Queda planteada para futuros estudios la pregunta en torno al modo en el cual los mencionados componentes se fueron integrando cada vez más en la práctica de los investigadores individuales hasta la conformación del modelo vigente en la actualidad, y las consecuencias del mismo en relación con el producto resultante de la labor disciplinar.

BIBLIOGRAPHY

Ambrosetti, J. (1899). Notas de arqueología calchaquí. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 20,162-187; 253-302.

Ambrosetti, J. (1906). *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.

Ambrosetti, J. (1907). *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.

Ambrosetti, J. (1910). La question Calchaquie et les travaux de la Faculté de Philosophie et Letres de l'Université de Buenos Aires. *Verhandlungen des XVI Internationalen Amerikanisten-Kongresses Wien*. Viena y Leipzig: A. Hartleben's Verlag.

- Barros, C. (2000). *De culturas a territorios: la Antropogeografía en Buenos Aires. El proyecto académico de Félix Outes en los inicios del siglo XX*. (Tesis de Maestría en Políticas Ambientales y Territoriales). Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Barros, C. (2004). Dinámica de campo científico y diferenciación disciplinaria. En G. Politis y R. Peretti (Eds.) *Teoría arqueológica en América del Sur*, (pp. 281-291). Olavarría: Incuapa.
- Boman, E. (1904). Groupes de tumulus préhispaniques dans la vallée de Lerma. *L'Homme Préhistorique*, 2^e année, 310.
- Boman, E. (1905). Migrations précolombiennes dans le Nord-Ouest de l'Argentine. *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, n.s. II(1), 91-108.
- Boman, E. (1908). *Antiquités de la région Andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. 2 vols. París, Francia: Imprimerie Nationale.
- Bourdieu, P. (1994). El campo científico. *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia*, 1diciembre, 131-160.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Brinton, D. (1901). El calchaquí. Problema arqueológico. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 20, 503-507.
- Bunge, C. (1918). Notas sobre el problema de la degeneración. *Revista de Filosofía*, IV, 7-31.
- Cáceres Freyre, J. (1967). *Juan B. Ambrosetti*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Canals Frau, S. (1931). El límite austral de los diaguitas. *Solar*, 1, 117-139.
- Casanova, E. (1966-1967). Homenaje al Dr. Salvador Debenedetti. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 6, 7-23.
- Cornell, P. (1999). Notes on a Swede practicing archaeology and politics in Argentina around 1900. En A. Gustafsson y H. Karlsson (Eds.), *Glyfer och arkeologiska rum –en vänbok till Jarl Nordbladh*, (pp. 191-199). Gotemburgo: Göteborg University.
- Cornell, P. (2000). El indio, el explorador y la historia social de la arqueología en la Argentina moderna. *Actas del VII Congreso del CELCIRP. Universidad de Gotemburgo, Gotemburgo*.
- Cornell, P. y Arenas, P. (2016). *Eric Boman. La figura del explorador y científico en el noroeste argentino*. Barco Edita: Santiago del Estero.
- Cornell, P. y Johansson, N. (1998). The Santa María Culture: Mith or Reality? *Etnologiska Studier*, 42, 91-102.
- Dávila da Rosa, L. (2011). *Reservas, asimilación, aniquilamiento. Los dilemas del progreso en la polémica R. Lehmann-Nitsche-J.B. Ambrosetti*. Buenos Aires: Ediciones Kula.
- de Aparicio, F. (1931). Salvador Debenedetti. *Solar*, 1, 375-384.
- de Aparicio, F. (1940-1942). Félix F. Outes. *Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Serie A, IV*, 253-299.
- Debenedetti, S. (1909). *Investigaciones sobre arqueología de Jujuy. Conferencia*. Jujuy, Argentina: Galería de la Biblioteca Popular.
- Debenedetti, S. (1917a). Ambrosetti y su obra científica. *Revista de Filosofía*, VI, 241-259.
- Debenedetti, S. (1917b). Los yacimientos arqueológicos occidentales del valle de Famatina (provincia de La Rioja). *Physis*, III, 386-404.

- Debenedetti, S. (1918). Discurso pronunciado en el acto de recepción en la Junta de Historia y Numismática Americana. *Helios*, 1, 252-262.
- Debenedetti, S. (1921). *La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango (Provincia de Catamarca)*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- Díaz Andreu, M. 2007. *A world history of nineteenth-century archaeology. Nationalism, colonialism, and the past*. Oxford University Press: Oxford.
- Farro, M., García, S. y Martínez, A. (2012). Expediciones, colecciones y formas de registro. La colección arqueológica de Benjamín Muniz Barreto. En T. Kelly e I. Podgorny. (Eds.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*, (pp. 125-172). Rosario: Prohistoria.
- Fernández, J. (1982). *Historia de la arqueología argentina*. Asociación Cuyana de Arqueología: Mendoza.
- Fischer, M. (2010). La misión de Max Uhle para el Museo Real de Etnología en Berlín (1892-1895): entre las ciencias humboldtianas y la arqueología americana. En: P. Kaulicke, M. Fischer, P. Masson, y G. Wolff. (Eds.), *Max Uhle (1856-1944). Evaluaciones de sus investigaciones y obras*, (pp. 49-62). Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Furlong, G. (1964). *Samuel A. Lafone Quevedo*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Giudicelli, C. (2011). Lectura de las ruinas. La fabricación de antepasados aceptables en el noroeste argentino (Siglos XVI-XVII/siglo XIX). En S. Albert y F. Langue (Coords.), *Fronteras y sensibilidades*, (pp. 115-139). Madrid: Doce Calles.
- González, A. (1992). A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la Antropología argentina. *Runa*, 20(1), 91-110.
- Gustavsson, A. (2018). Reflexiones sobre la figura de Eric Boman y su lugar en la antropología argentina. *Revista del Museo de Antropología*, 11(1), 49-56.
- Haber, A. (1999). Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento 3, 129-141.
- Jeria, V. (2016). Patagonia 1973: historias del Museo Etnográfico en la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires. *Fragmentos del pasado*, 2, 9-28.
- Kaulicke, P. (2002-2003). Visiones del pasado de Johan Jakob von Tschudi. *Société suisse des Américanistes Bulletin*, 63-67, 77-94.
- Lafone Quevedo, S. (1888). *Londres y Catamarca. Cartas a "LA NACION" 1883-84 y 85*. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.
- Lafone Quevedo, S. (1891). Las huacas de Chañar Yaco (Provincia de Catamarca). *Revista del Museo de La Plata*, 2, 353-360.
- Lejeal, L. y Boman, E. (1907). La question Calchaquie. *XV Congrès International des Américanistes XV^e Session, II* (pp. 179-186). Quebec.
- López, V. (1868). *Les races aryennes do Pérou. Leur langue - Leur religion - Leur histoire*. Paris: Librairie A. Franck.
- López, V. y von Tschudi, J. (2016). Dos cartas a propósito de la arqueología peruana. *Fragmentos del pasado*, 2, 53-62.

- Lorandi, A., Renard, S., y Tarragó, M. (1960). Lampacito. En E. Cigliano. (Coord.) *Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María* (pp. 65-79). Rosario: Universidad Nacional del Litoral.
- Márquez Miranda, F. (1960-1965). Recordando a don Félix Outes. *Runa*, X, 68-82.
- Maupas, L. (1918). Por la lógica positivista. *Revista de Filosofía*, IV, 41-52.
- Mazanti, D. (2010). Factores dominantes en el desarrollo de la arqueología pampeana del período posconquista. En J. Natri y L. Menezes Ferreira (Eds.), *Historias de arqueología sudamericana*, (pp. 189-209). Buenos Aires: Universidad Maimónides y Fundación Azara.
- Mead, C. (1917). Juan B. Ambrosetti. *American Anthropologist*, n.s.,19, 533-541.
- Mercante, V. (1918). Cuarta encuesta de “Nosotros”. La música y nuestro folk-lore. *Nosotros*, 109, 227-230
- Natri, J. (2010a). Una cuestión de estilo. Cronología cultural en la arqueología andina de las primeras décadas del siglo XX. En J. Natri y L. Menezes Ferreira (Eds.), *Historias de arqueología sudamericana*, (pp. 95-122). Buenos Aires: Universidad Maimónides y Fundación Azara.
- Natri, J. (2010b). Max Uhle y la prehistoria del Noroeste argentino. En P. Kaulicke, M. Fischer, P. Masson y G. Wolff. (Eds.), *Max Uhle (1856-1944). Evaluaciones de sus investigaciones y obras*, (pp. 25-48). Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Natri, J. (2020a). *La construcción arqueológica del pasado. Los primeros americanistas en los valles calchaquies (1876-1926)*. Buenos Aires: SB.
- Natri, J. (2020b). La noción de “relaciones prehistóricas” en el pensamiento arqueológico de Max Uhle. En L. Dávila y P. Arenas. (Eds.), *El americanismo germano en la antropología argentina de fines del siglo XIX al siglo XX*, (pp. 461-482). Buenos Aires: Ciccus-CLACSO.
- Olmos, R. (1963). La personalidad de Adán Quiroga. *Cuadernos del INA*, 4, 17-28.
- Outes, F. (1897). *Los querandies. Breve contribución al estudio de la etnografía argentina*. Buenos Aires: Edición privada.
- Outes, F. (1905a). La Edad de la Piedra en la Patagonia. Estudio de Arqueología comparada. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, 12, 203-574.
- Outes, F. (1905b). Observaciones a dos estudios del señor Eric Boman sobre paleoetnología del noroeste argentino. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 60, 145-167.
- Outes, F. (1907). Alfarerías del noroeste argentino. *Anales del museo de La Plata*, 2da serie, 1, 1-52.
- Outes, F. (1917). Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la provincia de San Juan, por Salvador Debenedetti. *Physis*, III, 482-487.
- Outes, F. (1922-1923). Salvador Debenedetti: “La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango”. *Boletín de Investigaciones Históricas*, I, 256-281.
- Pavez Ojeda, J. (2015). *Laboratorios etnográficos. Los archivos de la antropología en Chile (1880-1980)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Perazzi, Pablo (2011). La antropología en escena: redes de influencia, sociabilidad y prestigio en los orígenes del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires. *Anthropologica*, 29 (diciembre), 215-231.
- Podgorny, I. (1995). De razón a facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918. *Runa*, 22(1), 89-104.

- Podgorny, I. (2004). Antigüedades incontroladas. La arqueología en la Argentina, 1910-1940. En F. Neiburg, y M. Plotkin. (Comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina* (pp. 147-174). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Podgorny, I. (2009). *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en Argentina, 1850-1910*. Rosario: Prohistoria.
- Podgorny, I. (2021). *Ameghino y hnos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Politis, G. y Curtoni, R. (2011). Archaeology and Politics in Argentina During the last 50 years. En L. R. Lozny (Ed.), *Comparative Archaeologies: A Sociological View of the Science of the Past*, (pp. 495-525). Nueva York: Springer.
- Quiroga, A. (1897). *Calchaquí*. San Miguel de Tucumán: Imprenta española.
- Quiroga, A. (1912). Monografías arqueológicas. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 73(2), 58-69.
- Reiss, W. y Stübel, A. (1880-1887). *The necropolis of Ancon in Peru: a contribution to our knowledge of the culture and industries of the empire of the incas*. Berlin: A. Asher & Co.
- Reyes, C. (1918). Las dos pretendidas culturas precolombinas de Chañarmuyo. *Revista de derecho, historia y letras*, LX, 63-78.
- Rivero, M. y. von Tschudi, J (1859). *Antiquités péruviennes*. París: Imprimerie Centrale des Napoléon Chaix et C.
- Salas, A. (1940). Félix F. Outes. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* II, 245-247.
- Scalabrini, P. (1967 [1889]). Materialismo, darwinismo, positivismo. Diferencias y semejanzas. *Anuario Cuyo*, 3, 171-236.
- Scattolin, M. (2020). Vladimiro Weiser y el valor de una colección. En L. Dávila y P. Arenas (Eds.), *El americanismo germano en la antropología argentina de fines del siglo XIX al siglo XX*, (pp. 239-260). Buenos Aires: Ciccus-CLACSO.
- ten Kate, Hermann (1896). Anthropologie des anciens habitants de la region Calchaqui. *Anales del Museo de La Plata*, 1(Sección antropología), 1 y ss.
- Taylor, W. (1948). *A Study of Archeology*. Menasha: American Anthropological Association.
- Torre Revello, J. (1943). Biobibliografía de Félix F. Outes. *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, 93-96, 939-1063.
- Trigger, B. (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.
- Uhle, M. (1912). Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. *Actas del 17 Congreso Internacional de Americanistas*, (pp. 509-540). Buenos Aires.
- Volóshinov, V. (2009). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Zárate, M. y Podgorny, I. (2011). Apuntes para una biografía científica de las escorias y “tierras cocidas de las pampas. *Ameghiniana*, Publicación Especial 1, 19-27.

NOTES

1. Si bien también se vale de ilustraciones de vasijas andinas para reconocer en su decoración elementos estilísticos del Viejo Mundo: indicios egipcios, etruscos, etc. (López, 1868, pp. 295-299).

2. Teniendo en cuenta que, como ha señalado Bourdieu, los intelectuales constituyen una fracción dominada de la clase dominante (Bourdieu, 2008, p. 53).
3. Traducción del autor.
4. La lectura de los datos consignados en el mismo texto de Ambrosetti –en el cual no esconde sus propias dudas– hacen mucho más plausible la tesis de Outes acerca de que las grandes urnas correspondieran al mismo contexto que las santamarianas. Hoy sabemos que, efectivamente, el sitio tuvo una ocupación anterior, a partir de los fragmentos cerámicos decorados de pasta fina recuperados, pero no considerados por el autor, claramente asignables al formativo (Nastri, 2020a).
5. “Sostengo que su propia condición de inmigrante “autodidacta” de Europa del norte en Argentina sumado a su conocimiento del territorio e idiomas locales le permitió ejercer, entre otras cosas, el poder mediador de un *cultural broker* quien, según Wolf (1956), ocupa un rol articulador entre dos sistemas culturales jerarquizados en sociedades complejas que posibilita el ascenso social y la adquisición de un nuevo tipo de poder como intermediario entre lo local y lo nacional” (Gustavsson, 2008, p. 51).
6. En vida de Ambrosetti, postulaba la trascendente identificación de una nueva cultura –Humahuaca– pero recién desde Tilcara hacia el norte, conservando la adscripción cultural del pucará a la civilización calchaquí (Debenedetti, 1909, p. 42).
7. Al punto tal que, al año siguiente, el propio director del museo se encargó de publicar una suerte de nueva versión (Lafone Quevedo, 1908).
8. Destaca el contraste en el tono de esta referencia, con aquella mención a la misma sección en su reseña de los trabajos de Boman, casi reverencial (Outes, 1905).
9. Según la “observancia de los métodos indicados por los maestros europeos”: “...hubiera sido menester coordinar las observaciones mediante la consideración global de las series arqueológicas obtenidas. Ello se habría logrado levantando, previamente, el inventario razonado de cada cementerio o sepultura; clasificando los ajuares funerarios datados por determinadas piezas típicas; y agrupando por comparación, tipológicamente, otras piezas imposibles de datar por causas diversas” (Outes, 1922-1923, p. 266).

ABSTRACTS

During the first decades of development of archaeological interest in the Argentine intellectual scene, critical exchanges arose between the practitioners of the novel anthropological science. These controversies are a particularly interesting source for the study, because in them the authors, while striving to clearly expose their points of view, in their references to the opponents highlight aspects related to the dynamics of the scientific field. In this way, from the reading of the texts, a set of problems addressed in the initial stage of archaeology are defined in the present work, identifying those results obtained, and the ways that led to them. From the critical analysis of contributions and debates, the notion of the authors' choice between two alternatives in relation to the development of disciplinary work emerges. One that emphasizes the discovery and proposal of new ideas about the past; and another that places the focus on the rigorous control of the empirical bases that sustain the plausibility of the claims.

Durante las primeras décadas de desenvolvimiento del interés arqueológico en el medio intelectual argentino, se suscitaron intercambios críticos entre los cultores de la novel ciencia

antropológica. Estas polémicas constituyen una fuente particularmente interesante para el estudio, porque en ellas los autores a la vez que se esfuerzan por exponer con claridad sus puntos de vista, en sus referencias a los contrincantes ponen de manifiesto aspectos vinculados con la dinámica del campo científico. De esta manera, a partir de la lectura de los textos, se definen en el presente trabajo un conjunto de problemas abordados en la etapa inicial de la arqueología, identificándose aquellos resultados obtenidos, y las vías que condujeron a los mismos. Del análisis crítico de las contribuciones y los debates, surge la noción de la elección por parte de los autores entre dos alternativas respecto de la labor disciplinar. Una que enfatiza el descubrimiento y la propuesta de nuevas ideas acerca del pasado; y otra que coloca el foco en el control riguroso de las bases empíricas que sostienen la plausibilidad de las afirmaciones.

INDEX

Keywords: Debates, scientific field, history of archaeology, Argentine Northwest

Palabras claves: Debates, campo científico, historia de la arqueología, NOA

AUTHOR

JAVIER NASTRI

Universidad Maimónides, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payró", Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Centro de Ciencias Naturales, Ambientales y Antropológicas, Argentina.

Correo electrónico: jnastri@filo.uba.ar